

TENDRÉ TU PIEL

LAW SPACE

Tendré tu piel

Tendré tu piel

por

Law Space

o-O-o

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Depósito legal: B. 10.545 - 1959.

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN



CAPÍTULO PRIMERO



ON mano hábil, Pamela maniobró en el enorme Cadillac último modelo —pila atómica con tracción trasera, mecanismo infrarrojo para freno automático— junto a la «Astro-Gare» de la ciudad. Nueva York, un poco más atrás, envuelta en la neblina matinal, parecía aún sumida en un sueño grisáceo

—Faltan unos minutos —dijo la muchacha, después de detener el coche.

Y se volvió hacia su acompañante, mirándolo con simpatía.

Tony Soretti sonrió también, mostrando la doble hilera de impecables piezas blancas que eran sus dientes. Ancho de espaldas, sin necesidad de ayuda por parte del sastre, rostro bronceado por el sol, era un hombre que hacía que las mujeres y los hombres se volviesen: las primeras para admirar su anatomía de atleta, los segundos para admirarle por su categoría de campeón de boxeo de todos los pesos.

—¿Estás nerviosa? —inquirió él, posando su enorme mano sobre el brazo de la muchacha.

Ella asintió, con un gracioso gesto de cabeza, antes de decir:

—Un poco, Tony —después, sin dejar de sonreír, agregó—: Aunque, realmente, debías de ser tú el nervioso.

—¿Yo? —rió él—. ¿Por qué, querida? Lucky «El Marciano» no es mi primer enemigo, sino uno más...

—...que viene —concluyó ella— a intentar quitarte el título.

Soretti se encogió de hombros:

—No es el primero y, seguramente, tampoco será el último.

Pamela suspiró, volviendo el rostro hacia la señal que habría de encenderse cuando fuera anunciada la llegada de la astronave de Marte.

Vista de perfil, Pamela impresionaba por su belleza. Sus largos cabellos rubios estaban recogidos en una especie de espiral detrás de la cabeza, peinado que estaba en boga a principios del siglo XXI.

Pero no eran los cabellos solos los que, al enmarcarlo, realzaban la pureza de líneas de su rostro: era el conjunto, la visión global la que hubiese satisfecho al más exigente de los observadores.

—Eres muy bonita, Pamela.

Se volvió ella, sonriendo divertida.

—No es la primera vez que me lo dices, Tony.

—Nunca me cansaré de decírtelo; te lo aseguro —y después de una pausa —: Muchas veces me pregunto qué diría el patrón si supiese que salimos juntos...

—¿Tío Charles? ¿Qué quieres que diga?

Él frunció el entrecejo.

—¿Crees que se alegraría?

Una nube oscureció la expresión contenta del rostro de la joven que, después de un corto silencio, dijo:

—Alegrarse no; de eso estoy segura. Ya sabes que tío Charles no quiere que me interese por ningún boxeador... y creo que menos por ti que por ninguno. Siempre ha dicho que un púgil pertenece al cuadrilátero, que debe consagrarse a su profesión, que no puede permitirse el lujo de ser como los demás hombres.

Soretti se mordió ligeramente los labios.

—Esa lección me la sé de memoria... ¿Cuántas veces me la ha repetido? Miles. Verdad es que sin su ayuda yo no hubiese logrado nunca llegar al lugar que ocupo; pero, de todas maneras, ¿es eso suficiente para arrancar del cuerpo de un boxeador su corazón?

—Él dice que los boxeadores no tienen de eso...

—¡Bobadas! Yo amo mi profesión y él lo sabe tan bien como cualquiera. Nadie podrá decirme que no me he sacrificado, que no he luchado desesperadamente por conseguir el título que ansiaba: entrenamientos, superalimentación, carreras, ejercicios... ¡qué sé yo! Durante estos últimos cuatro años he estado tan encerrado como un preso, tan alejado del mundo como un cartujo...

—¡No me lo recuerdes! Teníamos que conformarnos con las cartas, a pesar de que deseábamos vernos. ¡Nunca podré olvidar esa interminable espera!

—Pero ahora es diferente —insistió él, con una convicción en la que deseaba creer por encima de todo—. Ya le he hablado claramente: después de revalorizar mi título mundial ante Lucky, deseo descansar, apartarme un poco

de los cuadriláteros. He ganado suficiente dinero para vivir un poco tranquilo, para formar un hogar —su mano se cerró con más fuerza sobre el brazo de la muchacha—... para que formemos nuestro hogar.

—¿Y qué dijo él a eso?

—Que le parecía muy bien.

Ella sonrió con un asomo, de tristeza.

—Le conozco mejor que tú. Cuando desea obtener algo, cede hasta lo indecible, promete y promete cuanto le piden; pero, después de lograr lo que se propone, vuelve a ser el mismo: exigente, duro, batallador... Por algo es tan poderoso.

—No vayas a creer que yo no lo admito: es un hombre estupendo y ha sido como un padre para mí. El mismo Max me lo ha dicho un millón de veces: «Tony, eres un chico de suerte. Jamás hubieses encontrado un protector tan desinteresado como míster Funk...»

—Puede permitirse el lujo de serlo. Es demasiado rico para ser ambicioso hasta ese punto.

El reflejo de la luz roja de la señal les hizo volver el rostro hacia la «Astro-Gare». Al mismo tiempo, el receptor del Cadillac se dejó oír:

—¡Atención! ¡Atención! El Correo de Marte está llegando en estos instantes. Dentro de breves momentos entrará en la pista número tres.

La nave se posaba diez kilómetros más allá, sobre la plataforma de recepción; después, cuando hubiese inclinado su mole, convirtiéndose en una especie de «cigarro puro con ruedas», correría por la pista hasta detenerse, ante el edificio, procediéndose entonces al desembarco de, los pasajeros.

Pero hasta que los de la Inspección Sanitaria no comprobaban las fichas de los recién llegados, las puertas de la «Astro-Gare» no se abrían para nadie.

Una serie de coches llegaron en aquellos momentos, deteniéndose no lejos del Cadillac de Pamela.

—¡Los de la Prensa! —exclamó ésta—. No sería conveniente que nos viesen juntos, ¿verdad?

—¡Qué más da! Estoy más que harto de esconderme como un criminal, querida. Que el patrón lo sepa hoy o dentro de un par de semanas, es igual... ¡Mejor ahora, cuando me dispongo a darle una alegría con mi triunfo!

—Estás muy seguro —dijo la joven, que se había vuelto; luego, con un deje de impotencia, continuó—: Ya nos han visto y vienen en bandada.

Así ocurrió, en efecto.

Una docena de ruidosos muchachos rodearon rápidamente al coche, haciendo funcionar incansablemente sus «flahses». Uno de ellos, dotado de una cámara de televisión, que transmitía automáticamente en color y tres dimensiones, enfocó al púgil.

—¡Hola, muchachos! —saludó éste, con una simpática sonrisa en los labios.

Y la lluvia de inevitables preguntas empezó.

Ninguno de ellos llevaba cuaderno de notas. Todos ellos estaban dotados

de un minúsculo receptor del tamaño de un paquete de cigarrillos, con transistores, unido a un depósito, que llevaban generalmente en el bolsillo, y que encerraba una película magnetofónica de larga duración.

—¿Vienes a ver a Lucky, Tony?

—Sí. Quiero echarle una rápida ojeada.

—¿Le has visto antes?

—En el cine y la televisión.

—¿Qué te parece?

—Un tipo formidable.

—Ya sabrás que nació y se ha criado en Marte. Por eso le llaman «El Marciano». Es hijo de uno de los primeros colonizadores de aquel planeta.

—Sí, ya lo sabía.

—¿Te encuentras bien?

—Completamente en forma.

—Esta señorita es, si no me equivoco, la sobrina de tu mecenas, ¿no es verdad?

Tony arrugó el ceño.

—Sí, pero habéis venido a preguntarme a mí. No lo olvidéis.

—¡No te enfades, hombre! Es simplemente curiosidad periodística. No te preocupes; seremos discretos... —y volviéndose a los otros—: ¡Cualquiera no lo es con un tipo como Soretti!, ¿eh, muchachos?

Todos rieron.

—¿Cuántos asaltos crees que durará Lucky?

—Eso te lo diré cuando terminemos el combate.

Nuevas risas.

—¿Sabes que se ha pasado la vida en las minas marcianas y que dicen que es capaz de partir una piedra de un puñetazo?

—Eso he oído; pero, si es verdad... ¡le compadezco!

—¿Por qué?

—Porque tendrá las manos deshechas... ¿O es que no sabéis que nuestras manos son la parte más delicada del cuerpo?

—¡Eres estupendo, Tony!

Otro, que no había dejado de mirar a Pamela, preguntó:

—¿Proyectos para después del combate?

Soretti arrugó la frente.

—No sé... aún.

—¿No será algún secreto sentimental? —atacó otro.

—No. De todas formas, ya hablaremos cuando haya terminado el combate. Ahora dejadnos, muchachos... Ahí está la astronave.

En efecto, por detrás de los bajos edificios de la «Astro-Gare», la silueta plateada del aparato era ya perfectamente visible. El Correo de Marte estaba deteniéndose en aquellos momentos.

Después de dar las gracias, los periodistas se alejaron, tan ruidosamente como habían llegado.

—Nos quedaremos aquí —dijo Tony—. Estamos en un buen sitio y podremos verle perfectamente.

Ella no contestó, profundamente preocupada, con la vista perdida en un punto inexistente sobre el nítido parabrisas.

—¿Te ocurre algo, querida?

—No... Estaba pensando.

—¿En qué?

—En que, como decíamos en la escuela, acabamos de pasar el Rubicón.

—¿Qué quiere decir eso?

—El Rubicón —explicó pacientemente ella— era un río que ningún general romano, al volver de la guerra, podía pasar armado. Cuando lo hacía, y esto ocurrió muy pocas veces, su acto demostraba rebeldía hacia el Imperio. Nosotros, al declarar públicamente nuestras relaciones, hemos pasado también el Rubicón.

Tony la miró, con admiración:

—¡Cuántas cosas sabes, Pamela! Pero, respecto a ese Rubicón nuestro, no te preocupes... ¡No sólo me rebelaría yo contra un Imperio por defender nuestro porvenir, sino contra el mundo entero!

Ella sonrió.

Luego, el receptor del vehículo empezó a, sonar:

—¡Señoras y señores! Entre los pasajeros del Correo de Marte, llega el famoso púgil Lucky «El Marciano», que en estos momentos sale de la nave, después de haber pasado el control médico... ¡Poco trabajo habrá dado Lucky a los galenos! No hay más que verlo... Rebosa energía por todos los poros de su poderoso cuerpo... Todos ustedes saben que Lucky ha hecho este viaje, expresamente, para enfrentarse con Tony Soretti, el actual campeón de nuestro mundo de todas las categorías... ¡La expectación es inmensa, señoras y señores! Todas estas últimas semanas no hemos dejado de leer una copiosa información en la prensa, que fue igualmente difundida por radio y televisión.

»Y ahora, acercándonos a este formidable deportista que es Lucky, vamos a hacerle unas preguntas después de darle sincera y amistosamente, nuestra más cordial bienvenida.

»Bienvenido, Lucky... ¿Has hecho un buen viaje?

—Espléndido.

—¿Habías venido alguna vez a la Tierra?

—Nunca. Éste ha sido mi primer viaje.

—Será emocionante para ti este momento, ¿verdad?

—Mucho.

—¿Vienes preparado para el combate?

—Creo que sí.

—¿Qué te parece Tony, tu adversario?

—He oído hablar mucho de él y le he visto en el cine, en Marte. Parece un púgil estupendo.

—¡Muy bien, Lucky! Y ahora una pregunta de esas que se llaman

indiscretas: ¿Piensas ganar?

—Para eso he venido.

—Buena respuesta. Y vamos a dar por terminada esta primera entrevista, ya que no queremos fatigar a Lucky, que deseará descansar antes de enfrentarse con Tony Soretti... ¡Señoras y señores! Pueden conectar sus aparatos de televisión para ver al aspirante al título mundial de boxeo de todas las categorías. ¡Lucky «El Marciano»!

Pamela tendió la mano hacia los botones de la televisión de su coche; pero su acompañante la detuvo con un gesto.

—No la enciendas, querida.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Porque prefiero verlo en carne y hueso. Tiene que pasar por aquí, muy cerca de nosotros.

—Como tú quieras.

Esperaron en silencio hasta que el clamor de la gente que salía y se agolpaba a las puertas de la «Astro-Gare» les indicó que lo que esperaban se iba a producir de un momento a otro.

En efecto, rodeado por amigos, periodistas, admiradores y escoltado por algunos policías, Lucky se dirigía, saludando amistosamente a la multitud, hacia el coche que le esperaba un poco más allá.

Relampagueaban los «flashes» y giraban locamente las cámaras tomavistas del cine y la televisión.

Apoyando el rostro en el cristal, Tony miró detenidamente al otro.

Sus párpados se entornaron rápidamente, dejando sólo una fisura gatuna en cuyo centro brillaba intensamente la pupila. En aquellos pocos segundos en que le fue concedido examinar a su adversario libremente, Soretti calibró la potencia del marciano, percatándose de la decisión que mostraba su mentón y la furia que brillaba en sus ojos pardos.

Era, evidentemente, un enemigo de cuidado.

El gentío envolvió definitivamente a Lucky que, minutos más tarde, desaparecía en el interior del lujoso y potente vehículo que había ido a buscarle.

—¿Qué te ha parecido?

El púgil se volvió, acariciando la mejilla de la joven.

—Es bueno... muy bueno, pequeña.

Ella le miró, intensamente.

—No me gusta tu profesión, Tony. Cada vez que combates, temo por tu vida...

—No hay que exagerar, amor mío. El boxeo es como cualquier otra cosa y la suerte juega un gran papel, como en todas las actividades humanas.

—¡Es demasiado brutal!

—Puede ser. Pero, bien llevado, es noble hasta donde muchos no pueden imaginar.

Pamela acercó el rostro hacia el de su acompañante.

—¿Tendrás cuidado, Tony?

—¿A qué?

—A ese hombre. Viene dispuesto a destrozarte, a dejarte sobre el suelo, deshecho...

Tony lanzó una alegre carcajada.

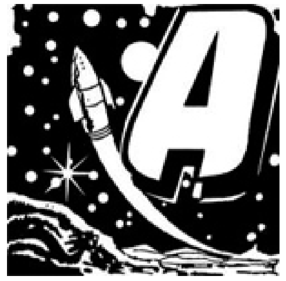
—¡Qué imaginación la tuya, Pamela! —y acercándose más a ella—. ¿No tienes confianza en mí?

—¡Más que en nadie!

—Pues deja que sea yo quien se arregle con él... ¿Un beso?

Ella se ruborizó, pero entornó los ojos... Y palabra que tardó mucho tiempo en abrirlos.

CAPÍTULO II



medida que iba mirando las primeras páginas de los periódicos, los estrujaba, entre sus manos velludas, tirándolos junto al sofá, por el suelo, donde ya formaban un imponente montón.

—¡Imbécil!

Al otro lado de la amplia y lujosa estancia, pegado a los cristales, se reflejaba el rostro seco de Blak Person, su lugarteniente en el más amplio sentido de la palabra. Blak hacía como si mirase a la calle; pero, en realidad, no perdía ni una sola de las palabras, monosílabos, que su jefe lanzaba a intervalos regulares.

—¡Idiota!

Luego, casi inmediatamente después de cada exclamación, el inconfundible ruido del periódico arrugado, estrujado nerviosamente entre los dedos, rabiosamente, antes de lanzarlo sobre los que ya había tirados en el suelo.

—¡Estúpido!

Blak conocía perfectamente el motivo de aquella tormenta que había estallado en su jefe, ya que había sido él quien había colocado los periódicos de la mañana, como de costumbre, sobre la mesita, al lado del sillón que, indefectiblemente, ocupaba Charles al levantarse.

Hacía unos días que Funk devoraba ávidamente la prensa, en busca de noticias que hablasen de su protegido y de su próximo combate con Lucky. Complacido, había seguido con creciente interés la campaña propagandística que él mismo había desencadenado.

Porque por algo era el dueño de la mayor sala de boxeo de Nueva York, donde se celebraría el sensacional combate.

Pero ahora...

Aquella maldita fotografía, repetida por toda prensa de la mañana, era la culpable del estado de ánimo de Charles Funk que, por una vez, había sabido las cosas demasiado tarde.

Charles se preciaba de ser uno de los hombres mejor informados de la ciudad. Interviniendo en muchos asuntos, que iban desde las altas finanzas a las carreras de caballos, su red de informadores era sencillamente formidable.

Y no era raro que él supiese las cosas con tal antelación que, la mayoría de las veces, era, precisamente, la que le proporcionaba los sorprendentes triunfos que lograba,

Echó una rabiosa ojeada al último periódico que tenía entre las manos, estrujándolo con mayor fuerza que los otros, como si quisiese con aquel gesto poner la suma de todos los que había destrozado con anterioridad.

—¡Blak!

El hombrecillo se retiró de la ventana dirigiéndose hacia donde se hallaba su jefe.

—Diga, señor Funk.

El otro miró a Person en silencio, pero los tics nerviosos que recorrían su cara demostraron al lugarteniente que la tormenta no había hecho más que empezar.

—¿Dónde han podido encontrarse estos dos?

No había falta que los nombrase, porque su índice derecho señalaba el informe montón de periódicos que había a su lado.

—Debió de ser cuando usted estuvo enfermo, hace cuatro años, señor Funk. Él venía cada día a verle y la señorita Walker estaba siempre en casa.

—Comprendo.

Y después de un silencio.

—¿Y no hubo nadie que me informara? ¿Nadie que se diese cuenta de que ese mal nacido pisaba terreno prohibido?

—Nadie sabe que ese terreno está vedado, señor... excepto usted y yo.

Y Blak esbozó una sonrisa efímera, más significativa, que murió rápidamente en sus delgados e incoloros labios.

Charles estalló.

—¡Y yo en babia! ¡Es insólito! Pero, después de todo, espero que nada se haya perdido... ¿Hasta qué punto imaginas que han llegado en sus... relaciones, Blak?

—Lo ignoro, pero conozco un poco a Tony: es uno de esos románticos que sueñan aún con cosas raras.

—¿Estás seguro?

Había tanta ansiedad en aquella pregunta que Person se convenció de la intensidad de la pasión que devoraba a su jefe.

Y le miró, antes de contestar.

Charles Funk era un hombre macizo que se acercaba rápidamente a la cincuentena, pero que parecía mucho más joven, dada la enorme vitalidad que emanaba de su potente organismo. Todo en él, sin excepción, patentizaba lo colosal, lo tremendo, desde la contextura de su cuerpo hasta el brillo decidido de su mirada, los gestos de sus manos —que parecían siempre estar estrujando algo—. Su exuberante personalidad, así como su elegancia en el vestir, eran bien conocidas por todos, que envidiaban a aquel hombre sobre el que pasaban invisiblemente los años.

Por eso era posible que su corazón hubiese sabido mantener la juventud de

sus sentimientos. Y desde que Pamela Walker llegó a su lado, cinco años atrás, cuando la joven había cumplido veinte, comprendió Blak que no había otra salida para su jefe que enamorarse perdidamente de ella.

Lo más curioso era que Funk, audaz y hasta grosero con las demás mujeres, de las que se apartaba rápidamente cuando estaba cansado de ellas, dejando como recuerdo un cheque que calmase las lágrimas y los suspiros, se encontraba ante su sobrina como un adolescente ante su primer amor.

Durante aquellos cinco años, no había hecho más que incubar la pasión que ahora le devoraba como un cáncer. Sin decir una sola palabra, sin hacer una sola manifestación, sin dar a entender todo lo que hervía en su pecho.

«¿Estás seguro?», acababa de preguntar a su lugarteniente. Y éste había sabido percatarse de la tremenda angustia que había en aquellas palabras, del temor que de ellas se traslucía, del pánico a que la respuesta echase por tierra unas ilusiones tan largamente guardadas.

—Estoy completamente seguro.

Funk suspiró, hinchando su potente tórax.

—Es bueno llegar a tiempo —dijo, con un asomo de sonrisa en sus gruesos labios—. ¡Porque vamos a cortar esto ahora mismo! ¿Me entiendes?

—Sí.

—Ya sabes que he cometido muy pocos errores en mi vida; pero éste ha sido muy grande y he estado, por su culpa, a punto de perder algo que me importa más que todo lo demás. Mi error ha sido confiar en ese estúpido... Y si no tuviese todo montado, si no significase una pérdida para mí de muchos cientos de miles de dólares... ¡lo mataría ahora mismo!

—Se puede hacer, lo que sea, después del combate anunciado.

—Eso es lo que pienso, Blak; pero ya sabes que me gusta hacer las cosas bien... Hay que pensar, buscar la manera de hundir a ese imbécil. Y no hay que olvidar que al revalorizar su título se convertirá en una especie de héroe nacional. Tenemos que encontrar la manera de destrozarlo ante todos, de desprestigiarlo para siempre... Cuando el peso de mi venganza caiga sobre él, necesito, sobre todo, que ella le odie como yo le odio en estos momentos.

El cerebro de Blak funcionaba a pleno rendimiento. Cien soluciones pasaron por su mente y fueron rechazadas rápidamente.

—Deme un par de días, patrón —dijo finalmente.

—Los tienes, pero ni uno más... Quiero saber cuanto antes lo que espera a ese cerdo... ¡Así me paga todo lo que he hecho por él!

—No escapará.

—Bien. Ya sabes que no me importa el dinero que gastes en este asunto. Tienes carta blanca.

—De acuerdo, jefe.

* * *

Una ligera llovizna caía sobre la ciudad. En aquella calle, bajo la luz del alumbrado, el asfalto brillaba, especialmente en los lugares donde habían

caído goterones de grasa de los vehículos pesados que la cruzaban, de vez en cuando, para dirigirse al mercado.

Con el cuello de su gabardina subido hasta por encima de las orejas, Orson Stout se estremeció de nuevo. Pero él sabía que aquella sensación de frío, aquella angustia que se había apoderado de él, no provenía de la temperatura, que no era baja a pesar de la lluvia. El motivo estaba más oculto en el interior de su organismo, en el fondo de su carne débil.

Había caminado desde la parada del autobús, internándose por aquel barrio en el que el olor a verduras y pescados en mal estado dominaba sobre todos los demás.

Las calles se iban estrechando paulatinamente, haciéndose más lóbregas, más sinuosas y desiguales, como si deseasen cerrarse definitivamente sobre la miseria que guardaban en sus sucios edificios, borrándola de la faz de la Tierra.

La mirada mortecina de Stout se animó de pronto el ver la lámpara que el aire movía, balanceándola, al final de la calle. Aquel movimiento, que siguió atenta e inconscientemente durante unos instantes, llegó a marearle, ya que la luz parecía imprimir su juego a todas las cosas, proporcionándoles el mismo molesto balanceo.

Bajó la mirada, avanzando penosamente las últimas yardas. Después, cuando estuvo junto a la entrada, suspiró profundamente, al tiempo que, en su bolsillo derecho, su mano, nerviosa y pálida, estrujaba convulsivamente los billetes que iban a procurarle la felicidad.

Llegó junto a la mugrienta puerta encristalada, cuyos sucios vidrios apenas permitían ver el interior del local, y la abrió de golpe.

Un vaho maloliente, mezclado con una densa nube de humo, le envolvió por completo al penetrar en el minúsculo bar. El rumor de las conversaciones era como un sordo e inconcreto zumbido, como el rugido de un torrente.

Después de detenerse un poco en el umbral, más para orientarse que para respirar, Orson atravesó el local, por el estrecho espacio que dejaban las mesas entre sí, acercándose al mostrador, tras el que una mujer, pintarrajeada y vestida con un escandaloso traje verde, fumaba con los ojos entornados, los codos desnudos apoyados en el mostrador y un aire canallesco en su rostro.

—Hola, amigo... ¿Un vaso?

—Sí.

—¿Otro, para ti?

—Bueno.

Ella sirvió prestamente, demostrando una agilidad de movimientos verdaderamente sorprendente. Luego bebió el contenido de su vaso, de un solo trago.

Orson sorbió un poco del suyo, sintiendo, como siempre, que le ardían las entrañas. Pero aquél era un mal menor que había que pasar cada vez que acudía a aquel antro.

—¿Está Person?

—No tardará en venir.

—Voy a sentarme entonces.

—Haz lo que quieras.

El individuo se dirigió a una mesa situada en un rincón alejado. La mujer continuó fumando en la misma postura, con los ojos siempre entornados, como si estuviese viendo la película de sus recuerdos. Una sonrisa de satisfacción entreabrió sus pintados labios.

Entre tanto, Orson, que se había llevado el vaso a la mesa, jugueteaba nerviosamente con él, mirando hacia la puerta a cada instante. Poco a poco, su vista se fue acomodando a la neblina que flotaba allí dentro, siéndole posible vigilar la entrada con suma facilidad.

Hasta que lo vio.

Su corazón se puso a latir desacompasadamente; pero, a pesar de todo, no se movió, siguiendo con ansiosa mirada el camino que recorrió el hombre que acababa de entrar y que terminó junto a la rubia oxigenada del mostrador.

Ésta le señaló la mesa que ocupaba Stout.

Cogiendo el vaso que acababan de servirle, Person se dirigió al encuentro de Orson y se sentó a su lado.

—Buenas noches —saludó Stout.

—Hola.

Hubo un silencio, maculado sólo por el ruido del mechero de Blak, al encender el cigarrillo que había sacado de su pitillera de oró.

—¿Trae usted? —inquirió ansiosamente el otro.

—Sí.

La mirada de Blak se clavó en el macilento rostro del joven. Era aquél uno de sus mejores clientes, de los que pagaban al contado, sin exigir demasiadas explicaciones acerca de las anormales y caprichosas subidas de precio que Blak imprimía a la «mercancía».

Sin embargo, Person, que conocía perfectamente a su cliente, se había extrañado siempre que Orson le necesitase, ya que éste trabajaba en una de las más elegantes clínicas de la ciudad, siendo el hombre de confianza del profesor Steward, una autoridad mundial en cirugía estética.

Pero Orson conocía su problema.

Durante algún tiempo, al principio, le había sido posible apoderarse de las pequeñas dosis de morfina que necesitaba para calmar aquella angustia que le ahogaba; pero después, cuando las cantidades necesarias para obtener la calma habían sido cada vez más grandes, se encontró ante la imposibilidad de ocultar sus robos de tóxicos —perfectamente controlados en la clínica—, viéndose obligado a buscarlos por otro lado.

Así conoció a Blak Person.

El comercio de la droga era una actividad que Blak había descubierto por verdadera casualidad, cuando uno de sus conocimientos femeninos eventuales le mostró aquella desagradable faceta de la naturaleza humana. A partir de aquel momento y utilizando la influencia que su cargo junto a Funk le daba,

Person había sabido organizar su «negocio» sin que su patrón sospechase lo más mínimo

Aunque, después de todo, ciertas actividades de su patrón eran tan peligrosas como el mismo comercio de los estupefacientes.

—¿Cuánto quiere?

—Seis cajas.

—Bien. Tiene usted suerte. El precio es el mismo que el de la semana pasada.

Orson se encogió de hombros con indiferencia, pero no dijo nada.

El dinero y la mercancía cambiaron de manos y el rostro del morfinómano tomó un aspecto más humano, ya que su mano, al apretar las cajas en el bolsillo de su gabardina, parecía trasmitirle los poderes de aquella sustancia, como si se hubiese ya inyectado.

—;Cómo va ese trabajo, Stout.

—Perfectamente, señor Person —su voz se había animado y se hallaba de excelente humor—. Justamente, en estos momentos, estamos trabajando sobre algo verdaderamente sorprendente:

—¿Sí?

—Sí. Mi jefe ha logrado unos injertos que, utilizados en serie, pueden hacer que se recuperen hasta las huellas dactilares en los dedos de una persona que se los haya quemado.

Una luz —una especie de aviso, de premonición súbita— se encendió en el cerebro siempre alerta de Blak. Su interés creció como una progresión geométrica.

—¿Huellas dactilares recuperadas? —inquirió interesado.

—Eso es. Pero, naturalmente —y Stout sonrió—, no las mismas que se poseían, ya que esto sería imposible.

—¿Entonces?

—Se copian las de un muerto, como podrían copiarse las de un vivo, aunque esto último no sería legal. El profesor tiene el proyecto de presentar su procedimiento al Gobierno.

—¿Por qué al Gobierno?

—Porque éste se interesará enormemente en este asunto. Imagínese que al cabo del año, sólo en los Estados Unidos, unas cuarenta mil personas pierden esa característica individual que son las huellas dactilares: quemaduras, machacamientos, arrancamiento por máquinas... Si usted va sumando todos estos accidentes, resultará que su número alcanza una importancia considerable en el país. Pero, naturalmente, ésta no es más que una pequeñísima parte del interés del descubrimiento del profesor, comparado con el que representa el lograr la recuperación total de ciertas partes destrozadas, copiando exactamente las de un ser vivo o muerto.

Blak le entendía apenas y no se interesaba por lo que, en aquellos momentos, entusiasmado, le iba diciendo el otro: injertos, plastias, colgajos migratorios. Todas aquellas palabras no poseían significación alguna para el

lugarteniente de Funk, sólo lo que había oído sobre las huellas dactilares había despertado su interés.

Por eso, dejando que el otro hablase, para no despertar sus sospechas, dijo, cuando Orson terminó.

—¡Es fantástico! Aunque he de confesar que no he entendido mucho, sobre todo en ese asunto de las huellas...

—Es sencillo: imaginemos por un instante que usted acaba de quemarse las manos y que ha perdido sus impresiones digitales. Se coge un cadáver, «vitalizando» sus papilas y mediante una plastia virgen se «copia» las papilas del muerto que, una vez moldeadas, podrán ser «trasplantadas» a sus dedos.

—Pero usted había dicho que era posible hacerlo también con una persona viva.

—Evidentemente, aunque le repito que el Gobierno lo prohibiría, ya que se prestaría a manejos turbios. Voy a ponerle un ejemplo: yo me he quemado y usted, sin perder sus huellas, me cede el derecho de que le sean copiadas pasando yo a poseer unas impresiones digitales idénticas a las suyas.

—Ahora lo comprendo.

—Pero también comprenderá el peligro que representa esa duplicidad de huellas, ya que, siguiendo el ejemplo anterior, yo podría convertirme en un criminal, comprometiéndole a usted de una manera espantosa.

—Eso es.

—Como, por otra parte, usted no ignora que desde el año mil novecientos noventa se votó en el Congreso la Ley Nacional de Ciudadanía, obligando a todos los americanos y residentes en los Estados Unidos a dejar patentes sus huellas en los Archivos Generales de la Policía, lo que quiere decir que las autoridades poseen las huellas de todos los habitantes del país, imagínese la confusión que un engaño de ese tipo podría crear.

—Tiene usted razón.

Y después de una corta pausa.

—¿Van muy adelantados esos trabajos?

—Están prácticamente ultimados.

Orson sonrió hipócritamente.

—Debe de ser emocionante trabajar de ese modo, en compañía de un sabio como el profesor Steward.

—Lo es.

—Apenas lo conozco, pero debe de ser un hombre formidable.

Orson sonrió tristemente.

—Todos los hombres tenemos nuestros problemas —confesó, con voz opaca.

—¿También los tiene el profesor?

—¡Como todo el mundo! Su hijo Fred le trae verdaderamente de cabeza.

—¿Está enfermo?

—Peor que eso... Es un jugador empedernido y si no ha causado la ruina de su padre ha sido por verdadero milagro.

—Comprendo. Ya es triste para un hombre como el profesor tener problemas de ese tipo.

Blak se puso en pie.

—Debo irme ya...

—Lo sé.

—Volveré la semana próxima.

—Cuando usted quiera. Y gracias por las interesantes cosas que me ha contado. Desdichadamente, no las he entendido más que a medias, pero, de todos modos, es bueno aprender.

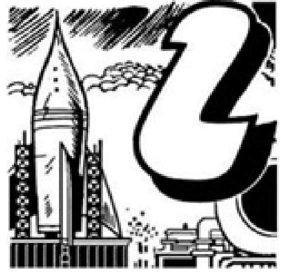
—Adiós.

Se estrecharon la mano y Orson salió, atravesando la densa atmósfera del siniestro local.

Encendiendo un cigarrillo, Person se quedó mirando a la puerta por la que el morfinómano acababa de desaparecer. Una sonrisa irónica fue dibujándose poco a poco en los delgados labios del granuja. Al mismo tiempo, la luz de sus ojos se intensificó, como si se reflejase allí el intenso trabajo mental que estaba realizando.

Cuando, media hora después, abandonó el local, ya llevaba una idea medio esbozada: una idea audaz que le hacía sonreír por la calle, haciendo que los transeúntes se volviesen, divertidos, tomándole por uno de esos personajes, tan abundantes en una gran ciudad, que acentúan la dosis de alcohol para escapar a las tristezas de la vida.

CAPÍTULO III



AS manos de Max se movían rápidamente sobre el cuerpo bronceado que yacía ante él. Golpeando los poderosos músculos, bajo la piel, percutiendo los pequeños acúmulos de grasa que podían haberse formado, Max, concentrado en su trabajo, sabía obtener del masaje la máxima eficacia.

A él también le habían tratado así cuando era un deportista famoso.

Hacía ya muchísimo tiempo, pero no lo había olvidado. También le habían tendido sobre un lecho duro y «trabajado» los músculos en largas sesiones, excitándolos con rápidos golpes, haciendo que toda aquella poderosa maquinaria corpórea reaccionase, como un todo, a la creciente excitación de los hábiles dedos.

Max sabía que aquella poderosa maquinaria, que era el cuerpo de Tony Soretti, debía estar dispuesta para el gran combate, para el que sólo faltaban dos días. Y deseaba ardientemente que su «pupilo» se hallase en forma, sin ningún obstáculo físico por pequeño que fuese.

El sudor descendía por la frente de Max, siguiendo el profundo curso de las arrugas que la vida y los desengaños habían dibujado en su rostro. Un poco más abajo, a la izquierda de su boca, el sudor aumentaba la velocidad de su marcha, al penetrar en la honda cicatriz que iba desde la comisura de los labios hasta el cuello, recuerdo de una fractura de maxilar producida cuando ya viejo combatía contra los jóvenes, en los barracones de la feria, para poderse ganar el sustento.

Al terminar el masaje, Max echó una enorme toalla sobre el cuerpo del púgil, frotándolo con energía; después, sonriendo, dijo:

—¡Ya está, Tony!

El joven volvió la cabeza, mirando con simpatía a su viejo «manager».

—Sécate la cara, Max.

El otro se encogió de hombros.

—¡Es igual!

—No. Ya te he dicho mil veces que debías haber buscado un masajista joven. Tú ya no estás para estos trotes.

—Quieres librarte de mí, ¿verdad?

—¡No digas tonterías! Sin tus consejos, sin tu ayuda, jamás hubiese

llegado a ser lo que soy. No es eso, Max: lo que deseo es que pases una vejez tranquila y que no te canses inútilmente. Además...

Sonrió misteriosamente, y Max le miró, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué tienes en la cabeza, Tony?

—¡Adivínalo!

Moviendo la cabera de un lado para otro, Max se alejó un poco, cogiendo una toalla con la que se secó el rostro; después, acercándose al joven.

—Estás jugando con fuego, muchacho.

—¿Qué quieres decir?

—Que sé, sin necesidad de ser un adivino, lo que ibas a decirme. Y te repito, Tony... no debes hacerlo.

Soretti se sentó definitivamente sobre el lecho de masaje. Al caer la toalla que lo envolvía, el poderoso juego de sus músculos quedó al descubierto y Max no pudo evitar una mirada de satisfacción hacia aquel cuerpo que, bajo muchos puntos de vista, había «creado» él.

—Hablemos claro, Max. No hay que andarse con misterios ni ambages... Yo estoy enamorado de Pamela Walker y quiero hacerla mi esposa.

—Ya lo sé.

—¿Y encuentras mal que un hombre se case, Max?

—No. Aunque podría decirte que un hombre como tú no es como los demás; pero, de todas maneras, tienes razón: un hombre que lo desee puede casarse y nada malo hay en ello.

—¿Entonces?

—Si dejamos aparte que destrozas tu carrera, que vas a defraudar a los millones de seguidores que te admiran, que vas a echar por tierra todo lo que has obtenido durante estos años de esfuerzo, tenemos algo mucho más importante: la muchacha que has elegido por esposa.

—¿Qué hay de malo en Pamela?

—Nada, excepto que es la sobrina del hombre que te ha convertido en lo que eres.

—¿Y qué tiene que ver eso? Justamente yo creo que debe halagarle que haya elegido precisamente a Pamela.

—Eres un cabeza dura. Eso puede servirte en el ring, pero no en la vida. ¿Cómo te atreves a decir que Funk va a alegrarse de que te hayas fijado en su sobrina? Él ha hecho todo por ti, sin medir esfuerzos ni gastos... y ahora, en pago de todo ello, tú le colocas en una situación difícil.

—No entiendo.

—Porque tienes la sesera llena de serrín, Tony. Funk es un hombre que ocupa una posición social mucho más elevada que la tuya. ¿Por qué no va a tener sus planes para casar a su sobrina con un hombre de su clase?

—¡Ella me ama a mí!

—Porque tú has aparecido ante ella con una aureola que encantaría a cualquier mujer. Y no vayas a creer que yo no deseo tu felicidad; estás muy equivocado si crees lo contrario... Pero no has contado con Funk. Y es más

que posible que haya recibido la noticia con muy poca alegría.

—¿Crees que lo sabe?

—¿Es que nos has echado una sola ojeada a los periódicos de estos días?

—¿Lo dices por lo de la foto?

—¡Naturalmente! ¿A quién se le ocurre patentizar así lo vuestro? La verdad es que no lo comprendo.

Fue en aquel momento cuando sonó el timbre del gimnasio, animándose la mirada de Tony.

—¡Ve a abrir, Max, por favor!

—¿Crees que se atrevería a venir aquí?

El púgil sonrió.

—Ve a abrir, viejo zorro y no hagas más preguntas. Hoy te has levantado con el traje de juez. Voy a ponerme el albornoz... ¡Ah! Y si se trata de quien nosotros pensamos, procura encontrar algo que hacer fuera del gimnasio.

Max Sternon movió la cabeza de un lado para otro, mientras se alejaba hacia la puerta. Momentos después volvía precediendo a Funk.

—¡Es el jefe, muchacho! —gritó, para prevenir al joven que era capaz de hacer alguna tontería imaginándose que quien llegaba era Pamela.

Tony torció el gesto, pero logró sonreír segundos después, avanzando rápidamente al encuentro de Charles.

—¡Hola, patrón!

También Funk sonrió:

—¡Hola, campeón! ¿Cómo van esas energías?

—Bien. Ya estoy deseando estar en el cuadrilátero.

—Yo también.

Max se había quedado un poco a la zaga, como solía hacerlo siempre, dando una muestra de respeto o quizá de temor al poderoso personaje que le daba de comer.

Charles se volvió hacia él.

—¿Cómo le encuentras tú, Max?

—En forma, señor Funk. No creo que me pierda mucho en estos dos días que faltan... Naturalmente, no dejaremos de movernos.

—No me lo canses mucho, ¿eh?

—No tema.

Funk miró a Tony.

Nada trasparentaba en su mirada el odio que anidaba en su corazón. Su rostro era perfectamente inexpresivo y «tenía la cara de todos los días».

—Tenemos que ganar, ¿eh, Tony?

—Cuente conmigo, señor.

—Tengo ya una relativa información sobre Lucky «El Marciano»: es rápido, duro, implacable y viene dispuesto a ganar.

—Lo supongo.

—Pero quiero que entiendas lo que desea ese muchacho, Tony. Ya sabes que el noventa por ciento de la población marciana está formada por

presidarios. Desde hace tiempo, todas las cárceles de la Tierra fueron trasladadas allá... junto a los desiertos espantosos de los que nadie puede escapar.

—Ya lo sabía, señor.

—Lucky es el hijo de una antigua familia de guardianes, gente que jamás salió de Marte... ¿Te imaginas lo que representa para ese muchacho la victoria? Podría quedarse aquí, traer a los suyos, vivir una vida como la que nunca se habían atrevido a soñar ni él ni sus padres.

—Lo comprendo, señor; pero también representa para mí mucho esta victoria.

—¿Para ti?

—Sí. Porque sólo después de haber ganado me atrevería a pedirle una cosa.

Funk sonrió.

Detrás, Max, sin poderlo evitar, se echó a temblar, haciendo discretos gestos a su pupilo para que se alejase de aquellos peligrosos derroteros a los que había llevado la conversación.

Pero las palabras de Charles le dejaron helado, haciendo que el joven abriese desmesuradamente la boca, sorprendido.

—Te refieres a la mano de Pamela, ¿verdad?

—¿Cómo... lo ha adivinado usted?

—No me ha sido muy difícil —su mano se posó sobre el fuerte hombro del joven—. ¡Todo se andará, muchacho! No creo que yo pueda negar nada a un hombre que me traiga el Campeonato del Mundo, revalorado ante un tipo como ese marciano.

—¡Gracias, señor!

—No me las des aún, Tony... Acabo de decir que no me vería con fuerzas de negar nada a un campeón del mundo.

—¡Lo seré! ¡No lo dude!

Funk sonrió.

—Eso me alegra; pero no te confíes demasiado. Lucky se ha entrenado con los presidiarios, hombres duros, medio salvajes. He oído contar verdaderas cosas horrorosas del entrenamiento que ha llevado ese muchacho.

—De nada le servirá.

—Mejor para todos. Y ahora, debo irme... —se volvió a Max—. Conviene que, durante estos días, se acueste temprano y no salga del recinto del entrenamiento... Hay dos millones de dólares en juego y no me agradaría perderlos por una estupidez. ¿Entendido?

—Pierda cuidado, míster Funk —aseveró el «manager».

—¡Adiós, Tony!

—Adiós, y gracias nuevamente, patrón.

Charles sonrió. Hizo un gesto amistoso al púgil y siguió al «manager» que le acompañó hasta la puerta.

Cuando Max volvió, se encontró a Tony ejecutando unos pasos de vals,

bailando con una pareja invisible y canturreando la música.

—¿Te has vuelto loco?

El otro se detuvo y lanzó una carcajada.

—¿No es suficiente para volverse del todo, Max? ¿Es que no has oído lo que ha dicho el patrón?

—Jamás lo hubiese creído si no lo oyen mis propios oídos.

—¡Pues lo ha repetido dos veces! —e imitando la voz de Funk—. «No podría negar nada a un campeón.»

—Eso quiere decir que hay una condición.

—¡Naturalmente! Pero —miró severamente al viejo boxeador—, espero que tú, precisamente tú, no vayas a dudar de mí, ¿verdad, viejo ogro?

Sternon sonrió.

—No, hijo mío... Ya sabes que sólo te deseo toda la felicidad que sea posible a un ser humano.

* * *

El coche, un modelo potente, se detuvo a pocos pasos de la entrada de la clínica, que elevaba sus once pisos en una avenida céntrica.

Blak, después de cortar el contacto, descendió del vehículo, encendiendo un cigarrillo, antes de dirigirse hacia la entrada del edificio, en el que penetró poco después.

Un amplio «hall», en cuyo fondo se veían las cajas de los ascensores, prestaba un aspecto de entrada de hotel, pero la severidad de los muebles metálicos así como los uniformes blancos de las muchachas que lo atravesaban pronto alejaba esa idea del visitante.

A la derecha, un mostrador flamante, sobre el que había un cartel cuyos hilos sustentadores parecían invisibles y que decía «Información», atrajo la atención de Person que se dirigió hacia él.

Una agradable muchacha le sonrió, a la vez que preguntaba:

—¿Qué desea usted, señor?

—Hablar con el profesor Steward.

—¿Tiene pedida hora?

—No.

—Lo lamento, pero deberá solicitar una entrevista con antelación.

—No lo creo.

Ella le miró, sorprendida.

—No le comprendo, señor.

Blak frunció el entrecejo.

—Es muy sencillo. Diga al profesor que su hijo está en una gravísima situación y que deseo conducirle a donde se encuentra.

La muchacha había palidecido.

—¿Le ha ocurrido algo a Fred; es decir, el señor Steward hijo?

Person se dio cuenta de que la suerte seguía acompañándole y que aquella muchacha debía ser el más reciente «flirt» del joven calavera.

—Haga el favor de llamar al profesor, señorita. No podemos perder mucho tiempo.

—Enseguida.

Manejó las clavijas del «interfono» con mano nerviosa. Finalmente, después de hablar con el profesor, se acercó nuevamente al mostrador.

—Ha dicho que baja enseguida.

—Bien —y sonriéndola—. Ahora, entre nosotros, no debe preocuparse por la salud de Fred. Es grave, pero saldrá indemne.

Los ojos de la muchacha adquirieron un brillo húmedo; pero, reprimiendo las lágrimas, exclamó:

—¡Muchas gracias, señor!

—Esperaré al profesor allá —dijo él—, sentado.

—Bien.

Durante los pocos minutos que tuvo que esperar, contempló el trajín intenso de la clínica, el ir y venir de las enfermeras y doctores auxiliares de un lado para otro.

«Un magnífico y limpio negocio —se dijo, sonriendo—. ¡Sobre todo limpio!», y su sonrisa se acentuó, al haber encontrado aquella divertida expresión.

Momentos después, un hombre alto, de porte señorial, se dirigía hacia la señorita de «Información» que, a su vez, tímidamente, señaló a Blak, que se levantó cuando el hombre se acercó a él.

—¿Profesor Steward?

—Sí. ¿Quién es usted?

—Eso importa poco... Ya le explicaré por el camino.

—¿Qué le ha ocurrido a Fred? ¿Está herido?

—No, no señor... Haga el favor, profesor. El tiempo es oro. Tengo mi coche ahí fuera y llegaremos en pocos minutos.

Philip Steward asintió con la cabeza, siguiendo al desconocido.

Una profunda arruga, en forma de acento circunflejo, se dibujaba en el entrecejo del hombre de ciencia.

El profesor Steward era alto, elegante y de cara inteligente y simpática. Las canas que pincelaban sus sienes no hacían más que aumentar el encanto de su rostro.

Una vez instalados en el coche del granuja y cuando éste lo puso en marcha, alejándose velozmente de la clínica, Philip no pudo resistir más.

—¡Explíqueme ahora!

El otro se encogió de hombros.

—Yo sé muy poco de lo que ha pasado, profesor. La casualidad hizo que pasara hace un rato por un bar de Harlem, donde debía encontrar a unos amigos. Tuve entonces la desagradable sorpresa de encontrarlos junto a su hijo, en medio de una escena...

—¿Jugando?

—Habían terminado ya, pero, por lo que vi, parecían dispuestos a destrozar

el rostro de su hijo.

—¿Eh?

—Los separé, rogándoles que no lo golpeasen más, ya que yo estaba dispuesto a llamarle a usted para evitar que lo maltratasen demasiado.

—Gracias.

—Me dio pena ver la manera de obrar de esos amigos que, después de todo, no conocía más que de haberlos encontrado un par de veces. Les afeé su conducta y logré una tregua hasta que usted se personase en el local. Justamente, ya estamos llegando.

En efecto, momentos después, el vehículo se detenía en una callejuela infecta, más arriba de la calle 190, en un lugar verdaderamente sórdido.

—Aquí es.

Bajaron y Blak condujo a su acompañante por un dédalo de pasillos y escaleras interiores hasta descender a una especie de sombrío sótano donde estaba instalada la casa de juego que, como la mayoría de aquel barrio, estaba prohibida por la Ley.

Entraron.

El sótano era bastante amplio, pero estaba iluminado por una sola lámpara, con una pantalla verde, que colgaba del techo. Varias mesas, provistas todas de un tapete verde, estaban repartidas por la estancia, rodeadas de desvencijadas sillas.

En una de ellas estaba Fred.

Steward se le acercó.

Tenía el rostro amoratado, tumefacto por los golpes que había recibido y los ojos hinchados, entreabiertos ligeramente, a costa de quién sabe qué esfuerzos.

Steward miró a su hijo y una mueca dolorosa contrajo su rostro.

—¿Por qué le han pegado? —inquirió, colérico, mirando a los dos truhanes que estaban inmóviles junto a Fred.

Uno de ellos sonrió cínicamente.

—¿Que por qué le hemos sacudido? Porque quería engañarnos.

Y sacando un montón de papeles azules, los tendió a Blak.

—Explícaselo tú, amigo.

Éste tomó la palabra.

—Mire, profesor... Son cheques que su hijo ha ido firmando, imitando la firma de usted. Naturalmente, el banco se ha negado a hacerlos efectivos y hasta querían detener a uno de estos amigos al presentarlos al cobro.

Philip asintió, con la cabeza.

—¿A cuánto se elevan? —inquirió, echando mano a su propio talonario.

—El total asciende a un millón de dólares.

Steward le miró asombrado.

—¿Eh?

Parecía como si acabasen de clavarle un cuchillo en la espalda. Se puso intensamente pálido y se quedó mirando a Blak con una expresión indecible,

como si no comprendiese lo que acababa de oír.

—¿Un... millón? —balbució.

Blak afirmó:

—Eso es.

—¡Eso es imposible! Mi hijo no ha podido jugar nunca esa cantidad!

—La ha jugado, profesor.

De la frente del doctor brotaba, en finas gotas, un sudor frío.

—¿Es que no se dan cuenta? Yo no tengo ese dinero, no lo he tenido jamás.

Blak sonrió.

—Ya lo sé.

—Entonces.

—Sólo hay una manera de solventar este enojoso asunto, doctor... Rompiendo estos cheques y olvidándonos de la deuda.

—¿Eh? ¿Entonces?

—Usted puede librarse de la vergüenza y el deshonor de ver a su hijo en la cárcel. Al mismo tiempo, la deuda desaparecerá...

—No le entiendo.

—Mire, profesor. Si usted se niega, estos van a hacer que trabaje usted muchas semanas para reconstruir la cara de Fred, además de que enviarán el asunto a los Tribunales. Si usted se decide a hacer un pequeño trabajo profesional, que no le llevará más de diez días, todo quedará arreglado: se romperán estos papeluchos y Fred volverá a su casa, donde usted podrá controlarlo en el futuro para que no vuelva a cometer estas barbaridades.

—Pero... ¿qué es lo que realmente se propone conseguir usted?

—Ya se lo he dicho. Un trabajo de cirugía estética la mar de fácil para usted.

—¿Algo ilegal, no?

—En absoluto. Si está decidido, tendrá la amabilidad de venir conmigo. Puede cancelar todos sus compromisos por teléfono y nombrar un sustituto que le remplace en la clínica durante su corta ausencia... ¿No merece la pena, profesor?

Philip miró a su hijo y después a Blak, clavando su mirada en los cheques que éste tenía en la mano.

Preguntó al fin:

—¿Palabra de honor que romperán ustedes los cheques?

Blak dijo:

—Palabra de honor. Si está usted decidido, se los entregaré para que los guarde y los destruya después... Pero ¡ojo, profesor! No se pase de listo e intente romperlos antes... ¡No me separaré de su lado ni un segundo!

—No hace falta que me los entregue... hasta que haya terminado mi trabajo —hizo una pausa—. ¿Y Fred?

—Lo llevarán ahora mismo a su casa.

Hubo un silencio; después, cerrando los puños. Steward miró fijamente a

los chantajistas, ya que estaba seguro de que se trataba de gente de aquella ralea.

Pero su hijo se había dejado coger en una trampa de la que no había más que una salida...

—Acepto —dijo con voz sorda.

CAPÍTULO IV



L gong sonó y los dos púgiles se separaron mientras los rugidos de la multitud se convertían en el rumor de las conversaciones, los comentarios, las opiniones apasionadas...

Tony se dejó caer en el banquillo que Max acababa de colocar.

Tenía el rostro tremendamente hinchado, habiendo perdido la visión en absoluto con el ojo derecho y apenas veía con el izquierdo, ya que su contrincante acababa de partirle la ceja de aquel lado.

Tampoco «El Marciano» había escapado indemne y su faz ofrecía casi el mismo aspecto que la de Soretti.

Pero se conservaba, en el undécimo asalto, más en forma que su adversario.

—¿Cómo va, Tony?

El boxeador miró hacia su «manager».

—Regular, Max... por no decir mal.

—Quedan dos asaltos, pequeño...

—¿Sólo dos?

Y, después de una pausa dolorosa, preguntó:

—¿Cómo vamos de puntos, Max?

—Él te lleva una pequeña ventaja.

—¡Maldita sea! Es mucho más fuerte de lo que yo pensaba... ¡Necesito vencerle, Max!

—Ya lo sé; pero has de trabajarle: más intensamente. Si no le adelantas en puntos durante estos dos asaltos, los jueces le darán la victoria.

—¡No puede ser!

Sternon se dio cuenta de todo el dolor que había en aquella exclamación de Tony y sintió la misma angustia que su pupilo.

—Cúbrete la cara, Tony... Ya sabes que él prefiere los golpes al rostro. Si te acierta en el ojo que te queda medio sanó, estamos perdidos.

—¡Quiero tumbarlo!

—Es muy difícil. Tiene la cara estropeada, pero ha tenido la suerte de que no le golpeases demasiado en los ojos. Él, por el contrario, ha buscado cegarte desde el primer momento.

—¿Cómo van las apuestas?

—Has bajado, Tony... y es natural. La gente está casi completamente segura de que Lucky se llevará la victoria.

—¡Maldita sea!

Fue en aquel momento cuando Funk, intensamente pálido, se acercó a ellos. Sus ojos brillaban peligrosamente y había reproche en la mirada que dirigió al boxeador.

—¿Qué demonios te pasa, Tony?

—No lo sé, patrón... ¡Pero no se preocupe!

—¿Cómo no voy a preocuparme si todo esto va a costarme cerca de un millón de dólares?

—¡Ganaré, míster Funk!

Charles se acercó a las cuerdas, de manera que sus palabras sólo fueron oídas por el joven.

—¿Has olvidado a Pamela? —inquirió, con voz sorda.

Un estremecimiento recorrió la espalda sudorosa del púgil.

—¡No! —rugió.

—Pues ya sabes la condición... Si sales vencido esta noche, no te acerques jamás a ella... ni a mí... ¡Todo habrá terminado!

Tony intentaba mirar a Funk a través de aquella especie de niebla que le rodeaba.

—¡Venceré! ¡Venceré!

En aquel momento se escuchó la voz del megáfono advertir:

—¡Segundos fuera!

Max salió del ring, llevándose la banqueta, puesto que Tony se había incorporado.

—¡Suerte, pequeño!

¡Dang!

Tony avanzó hacia el centro del cuadrilátero, presa de una angustia indecible. Las palabras de Funk seguían resonando en sus oídos de una manera alucinante.

«¡Si pierdes, no te acerques más a Pamela!»

Vio la masa de su contrario que se le echaba encima y se cubrió el rostro, recibiendo los primeros golpes eh el pecho y cuello.

«Tengo que conservar la poca vista que me queda —se dijo—. Quiero buscar su mentón, sea como sea.»

El otro seguía golpeando, implacablemente y Tony sabía que cada golpe estaba siendo controlado por los jueces, que anotaban más puntos a favor de su contrario.

«No me importa... no me importa... he de buscar su mentón.»

Una niebla pegajosa le rodeaba y el rostro de su enemigo seguía casi siempre oculto tras los guantes.

«El Marciano» continuaba pegando fuerte.

Pero el cuerpo de Tony estaba tan intensamente contraído por la rabia y el

deseo de descargarla, que los golpes de su adversario apenas si le hacían moverse.

«El mentón... tengo que ver el mentón.»

De tan forzosa y anormal contracción, los músculos de los brazos empezaban a dolerle.

Desde que había sonado la campana, no había descargado ni un solo golpe sobre su contrario y el público empezaba a abuchearle, aunque, por otro lado, admiraba la resistencia de aquel hombre que estaba siendo tan tremendamente castigado.

«El mentón... el mentón...»

Abriendo el único ojo válido, Tony exploraba ansiosamente la masa grisácea que tenía frente a él, viendo el juego de los guantes de su enemigo y esperando ansiosamente que la guardia se abriese, aunque fuese solamente una décima de segundo.

«Tengo que ganar... Pamela no puede ser de otro...»

Los golpes de Lucky seguían lloviendo sobre él.

Pero lo curioso era que parecía completamente insensible a ellos, a pesar de que se trataba de verdaderos mazazos.

El público abucheaba decididamente a Tony.

—¿Te has dormido?

—¿Por qué no pegas?

—¡Acaba con él, Lucky!

Y el marciano, que ya estaba empezando a ponerse nervioso ante la pasividad ilógica de su contrario, arreció, dispuesto a terminar aquella farsa de una vez.

«El mentón... el mentón...»

Lucky se lanzó, intentando abrir la guardia que cubría el rostro de Tony. También buscaba él el mentón o, al menos, el otro ojo del púgil.

Y fue en aquel momento, cuando dejándose llevar por la impaciencia del público, que ya tenía decididamente a su lado, que Lucky, seguro de su victoria, abrió la guardia, decidido a terminar con su adversario.

«El mentón... el mentón...»

¡Allí estaba!

Fue un par de décimas de segundo, pero lo bastante para que su brazo derecho, dolorosamente contraído hasta entonces, se lanzase como una catapulta hacia aquel punto del rostro de su contrario.

Puso en el esfuerzo todas las energías de que era capaz.

Un rugido del público coreó aquel formidable «uppercut».

Cogido de improviso, Lucky vaciló un instante, desplomándose como una masa inerte.

—Uno, dos, tres...

«¡Pamela, lo he conseguido!», se dijo Tony mentalmente.

—Cuatro, cinco, seis...

«¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido!»

—Siete, ocho, nueve...

«Míster Funk estará contento y nosotros podremos casarnos, amor mío... ¡Nunca más volveré al ring!»

—¡Diez! —terminó la cuenta fatal.

Le levantaron la mano, en medio de una aclamación formidable. Se disparaban los «flashes» por centenares y rugían las gargantas hasta enronquecer,

Y, de repente, Tony se desplomó tan pesadamente como su enemigo, agotado definitivamente por el esfuerzo de «encajar» que había desarrollado.

* * *

—¿Cómo va eso, muchacho?

Funk, sonriente como nunca, acababa de entrar en la habitación de Tony que, en la cama por prescripción facultativa, llevaba dos días recuperándose.

—¡Formidable, patrón! ¿Cuándo podré levantarme?

—Hoy mismo.

Soretti dudó unos instantes; después, decidiéndose, preguntó:

—¿Y Pamela, míster Funk?

—Precisamente venía a hablarte de eso... Hemos de preparar el viaje.

—¿El viaje?

—Sí. Pamela está en Méjico.

—¿Eh? Pero...

—No te alarmes, muchacho. Era una sorpresa que te preparaba para después del combate. Un amigo mío, el señor Figuerola, nos ha invitado a pasar unas semanas en su magnífico rancho. Envié a Pamela, diciéndole que nosotros dos no tardaríamos en llegar.

—¡Qué estupendo!

—Claro. Así que espero que esta tarde pases por casa para irnos juntos. Haremos el viaje en coche.

—Come quiera.

Charles se volvió hacia el «manager».

—Voy a darte un cheque, lo que ha correspondido a Tony —sacó la cartera —, ya que sé que tú eres su banco... ¿no es así?

—Sí, señor Funk.

—Toma. Es de cien mil dólares —y mirando a Tony—. Estarás contento, eh?

—¡Mucho! Gracias, patrón.

—Te portaste bien, aunque nos hiciste pasar unos momentos de angustia verdaderamente terribles... ¿no es verdad, Max?

—¡No me diga, señor Funk! Creo que de ésta perderé los cuatro pelos que me quedan en la cabeza.

—Bueno. Por fortuna todo acabó bien... ¡Ya eres famoso otra vez!

—La última, señor Funk.

—¿Cómo?

—Estoy decidido a no subir más al cuadrilátero... Se lo prometí a Pamela.

Charles sonrió.

—Eso es otra cosa —y cogiendo el sombrero—. Me marcho. ¿Podrás estar en casa esta tarde a las siete?

—Como un clavo.

—O. K. Adiós.

—Adiós y gracias

Max acompañó a Funk hasta la puerta. Este, cuando estuvieron junto a ella, dijo:

—Lo lamento, Max, pero mi amigo no invitó más qué a nosotros tres.

—No tiene importancia. Si le digo la verdad, míster Funk, prefiero descansar un poco. He de poner mis asuntos en orden, ya que Tony decide retirarse.

—¿Vas a hacerlo tú también?

Max se encogió de hombros.

—¿Qué quiere usted que haga, míster Funk? A mi edad, creo haber cumplido ya con la parte de deber que me correspondía... —sonrió—. Toda mi ilusión de siempre ha sido comprarme una casita en el campo y terminar mis días tranquilamente...

—¡Buena idea!

Sternon cerró la puerta y volvió al lado del joven.

—¿Qué te parece, Max?

—¿El qué?

—Pero ¿qué diablos te pasa? Parece que acabas de venir de un entierro.

Max sonrió.

—No te has equivocado. Acabo de enterrar al Max «manager»...

Tony frunció el entrecejo.

—¡No digas idioteces! Sabes que mi ilusión es comprar una granja... ¿Y quién, mejor que tú, puede ayudarme? Vivirás con nosotros, Max y, además de ayudarnos, tendrás que tener en brazos, más de una vez, a los pequeños de Tony y Pamela... ¿Te gusta el plan?

Max sorbió, como si desease evitar que las lágrimas le traicionasen.

—¡Es lo mejor que he oído en mi vida!

* * *

Figuerola había traído los caballos y Pamela palmoteó de alegría.

El mejicano era un hombre fuerte, de rostro cetrino, ancho de espaldas y un poco zambo de piernas, quizá porque había pasado más tiempo a caballo que a pie.

—Son dos hermosos ejemplares, señorita —dijo.

Tony sonrió.

—Daremos un gran paseo —y volviéndose a Charles—. ¿Usted no viene, míster Funk?

—No. Tengo algunas cosas que hacer. Id vosotros y divertíos; pero no

volváis tarde.

Montaron los dos jóvenes y se alejaron al trote, hasta que pasaron la cerca y Pamela inició un atrevido galope.

Figuerola, después de unos instantes de silencio, se volvió a Funk.

—No sé cómo lo aguantas, Charles.

—Yo tampoco lo sé —su rostro se había, ensombrecido—, pero es posible que esta prudencia me la haya impuesto la vida, la experiencia...

—¡Yo lo mataría de un tiro!

—¿Y qué conseguirías, Luis? Ese muchacho es una especie de héroe nacional; es decir, un héroe mundial... Su desaparición acarrearía una serie de problemas tan enormes que te volverías loco. Toda la opinión deportiva del mundo se echaría encima...

»No, amigo mío, hay que pensar con la cabeza... Y yo lo he hecho. Ya sé que estoy pasando los días más amargos de mi vida, ya que cada vez que veo a ese idiota junto a la mujer que me tiene loco, tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no pedirte un rifle y volarle la cabeza.

—Te comprendo, Charles.

—Pero, con un poco de paciencia, lograré lo que deseo de una manera perfecta. Porque no es solamente la desaparición de él lo que quiero, sino que ella, que lo ama ahora locamente, lo odie... ¿me entiendes?

—Sí.

—¿Vamos a ver a Blak?

—Bueno.

Se dirigieron hacia los pabellones laterales de la finca, penetrando en uno de ellos. Luis abrió una serie de puertas que estaban cuidadosamente cerradas con llave; luego, ya en el primer piso, entraron en una habitación en la que, acostado en una cama, estaba Blak.

Tenía las manos envueltas en blancos vendajes.

—¡Hola, muchacho! —saludó Charles.

—Hola, patrón. Buenos días, Luis.

El mejicano sonrió.

—¿Cómo va eso, Blak?

—Bien.

Intervino Charles.

—¿Dónde está el doctor?

—Durmiendo en su habitación. Trabajó toda la noche.

—¿Qué hizo?

—Cortarme las yemas de los dedos... No me hizo daño, pero pasé un mal momento.

—¿No te dijo cuándo debía de hacer lo que falta?

—Apenas habla. Está amargado y deseando terminar... No creo que nos hayamos hecho de un amigo, precisamente.

—¿Qué nos importa? Guardamos fotocopias de los cheques y, en el momento que tuviese la mala idea de denunciarnos, lo pasarían mal él y su

hijo.

—No creo que intente nada... Está, ya se lo he dicho antes, deseando volver a su clínica.

En aquel momento, el doctor apareció en el umbral.

—Es verdad —dijo, con voz opaca—. Deseo regresar cuanto antes.

—Eso depende de usted, doctor.

—Desdichadamente, no... Los injertos me llevarán un par de días... ¿Cuándo podré obrar sobre el otro paciente?

—Cuando usted quiera.

—Pues deseo empezar hoy mismo.

—Bien... Ya le dije que él no debe enterarse de lo que se hace... ¿Hay que operarle?

—No. Colocaré los colgajos de piel que he obtenido sobre las papilas del otro. Al cabo de dos días ya tendré una copia exacta de sus huellas que, cinco días después, habré adaptado definitivamente.

—Perfecto. Lo único que quiero saber es cómo podemos hacer todo eso con el otro sin que se entere.

—Habrá que dormirlo... Ya he preparado una solución de somnífero para que se la den en cualquier bebida. Luego le aplicaré una dosis de pentotal.

—Ya veo... Usted regresará en avión a Nueva York. En ese aparato, el mío, iremos los tres: usted, el paciente y yo... ¿Entendido?

—Sí.

—Tampoco quiero que el paciente le conozca, por lo que tendrá que procurar que no se despierte hasta que yo le haya llevado a su casa de Nueva York.

—Entiendo.

—Otra cosa, doctor... —los ojos de Funk brillaron peligrosamente—. Procure olvidar todo lo que ha ocurrido aquí. Le entregaré los cheques, pero a condición de que me prometa olvidarlo todo.

—¡Nada de sus sucios asuntos me interesa!

Charles sonrió.

—Así es mejor... Esta misma noche tendrá preparado al paciente... Yo haré que Pamela regrese hoy mismo... Estaremos mejor solos.

CAPÍTULO V



AX encendió un cigarrillo, arrellanándose en su sillón, después de haber puesto en marcha el aparato de televisión. Transmitirían, dentro de unos segundos, un match de boxeo que iba a celebrarse en París para el título europeo de todos los pesos.

¿Cómo no emocionarse?

Había pasado una semana antipática, completamente solo, sin atreverse a ir por el gimnasio, temiendo que ello despertase unos recuerdos que deseaba hundir en el más profundo olvido.

«Eres viejo, Max —no dejaba de repetirse—... ¿qué quieres hacer ya? La vida te ha dado disgustos, es verdad; pero ¿puedes quejarte de haber llegado a la vejez y tener cerca de ochenta mil dólares ahorrados? Has tenido la suerte de tropezarte con un muchacho como Tony, que siempre te dio más de lo que lógicamente te pertenecía... Verdad es que le has querido como a un hijo, pero él también se ha portado bien contigo...»

Ochenta mil dólares y cerca de trescientos mil que tenía guardados el púgil. Éste, antes de salir para Méjico con el patrón, le había dicho que fuese preparando el dinero para montar a su regreso la más hermosa granja de todo el Estado...

«¿Qué más quieres, viejo gruñón? Estabas solo y ahora te encuentras como una persona decente: con un hijo y una hija... y unos posibles nietos que, aunque no lo son realmente, no los querrás menos por eso.

La pantalla reflejaba ya la vista del local abarrotado de público, donde iba a celebrarse el match y el locutor empezaba ya a dejar oír su insinuante voz.

—Señoras y señores... Nos disponemos a transmitir esta noche...

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

Contrariado, Max se levantó, bajó la intensidad sonora de su aparato y se dirigió hacia la puerta, abriéndola mientras el timbre sonaba con insistencia.

Dos hombres estaban en el umbral.

Sternon no los conocía, pero sus rostros decían ya que se trataba de dos boxeadores, ya que no había más que ver sus narices achatadas y sus caras planas y bestiales.

—¿Max Sternon?

—Sí.

Uno de ellos, el que había hablado, sonrió,

—¡Ha sido una suerte, señor Max!

—No entiendo, pero pasen.

Los otros dos obedecieron.

Parecían cohibidos, amedrantados y avergonzados, al mismo tiempo.

Max los condujo hasta el salón, señalándoles sendos sillones.

—Iba a ver el match de París —dijo, señalando las primeras escenas del combate que se desarrollaban en la pantalla.

—Si molestamos, nos vamos.

—No —y Max apagó la televisión—, aunque, francamente, no les recuerdo.

—Es natural —dijo el que parecía llevar la voz cantante—. No somos de aquí. Sin embargo, nosotros sí que le conocemos bien. Le vimos en el Madison, hace unas cuantas noches... ¡Fue algo estupendo!

—¿Estuvieron en el combate Soretti-Lucky?

—Sí. Tuvimos la suerte de que un buen amigo nos diese unas invitaciones. ¡Pasamos el mejor rato de nuestra vida!

Sternon sonrió, complacido.

—Sí, fue una verdadera sorpresa para todos... La reacción de mi pupilo fue inesperada.

—¡Formidable!

Y después de una pausa, viendo que los otros dos se escudaban en un silencio que empezaba a ser molesto, Max continuó:

—Bueno... —dijo Sternon— ustedes dirán.

—Verá —hablaba siempre el mismo—. Mi amigo, aquí presente, es Harold, yo soy Freeman, Lewis Freeman... No es que lo digamos nosotros, pero hemos peleado de lo lindo y...

—Les aseguro —cortó Sternon, creyendo que iban en busca de un «manager»— que estoy decididamente dispuesto a dejar el boxeo...

—No es eso —replicó el mismo—. Hemos tenido muy mala suerte y cuando llegamos a Nueva York, después de verle a usted, pensamos y nos dijimos... ¿Por qué no ir a ver al señor Max? Él no puede dejarnos así...

—Pero ¿qué les ocurre?

—Dinero... No hemos comido nada desde ayer...

—¡Ah!

Sonrió, feliz de poder hacer una buena acción.

—No soy rico, muchachos, aunque vosotros lo creáis —dijo, tuteándolos —, pero puedo daros una docena de dólares...

Se levantó, dirigiéndose hacia la habitación vecina.

Y fue entonces, cuando se alejaba, que la voz del que hablaba sonó como un latigazo.

—¡Duro con él, Harold!

Recibió el primer golpe en la nuca, doblándose hacia adelante mientras un

gruñido, en el que la rabia y el dolor se mezclaban, brotaba de sus labios.

Intentó defenderse, pero los otros dos estaban ya sobre él y no tardaron en reducirlo, golpeándolo salvajemente hasta que Max perdió el conocimiento.

—Ya está —dijo el llamado Harold.

—Ahora hay que buscar la «pasta»... Ya sabes que nos ha prometido el patrón un veinte por ciento...

—¿Habrá mucho?

—¿Qué quieres decir?

—Que podíamos hacer una trampa y decir que hemos encontrado menos.

—¿Te has vuelto loco? Funk sería capaz de sacarnos los ojos. Además, pedazo de idiota, debe de saber lo que hay aquí hasta el último centavo.

* * *

Tony abrió los ojos, intentando, al mismo tiempo, coordinar la baraúnda de ideas que corrían alocadamente por su cerebro.

Pero no lo logró.

Frunciendo el entrecejo, miró a la encantadora muchacha que tenía a su lado, a la cabecera de la cama y cuyo uniforme de enfermera parecía querer explicar y justificar su falta de recuerdos.

—¿He estado enfermo? —inquirió.

Ella sonrió, antes de decir:

—Lo encontraron anoche, cerca de Battery Park... Estaba en el suelo y lo trajeron a este hospital.

—¿Estoy herido?

—No... —la sonrisa se acentuó en los labios de ella—. El médico ha diagnosticado su caso como alcoholismo no habitual.

—¿Cómo? ¿Que yo me he emborrachado? ¡Imposible!

—Ya lo recordará; pero no se preocupe: todos le conocemos y la prensa no sabrá nada.

—¡Pero si no he probado una gota de alcohol en mi vida!

—Por eso debió de sentarle tan mal lo que tomó ayer...

—¡No lo entiendo! Yo estaba en... Méjico. Eso es, en Méjico...

—También lo sabemos. Míster Funk avisó a la policía, alarmado porque usted había desaparecido misteriosamente de su lado... Estuvo aquí esta mañana y parecía no entender nada.

Tony frunció el entrecejo.

—¡Es como para volverse loco! Si al menos me acordase de algo...

—Es lo que suele ocurrir, después de... No se recuerda nada.

—¡Dios santo! ¿Y qué habrá pensado Pamela de todo esto?

—¿Su... novia?

—Sí. Estaba con ella y lo último que recuerdo es que habíamos dado un paseo a caballo.

—¿No se caería usted?

—¡Oh, no! ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque un golpe es la mayor parte de las veces el responsable de un caso de amnesia como el suyo.

—¡Pero si he tenido siempre una memoria formidable!

Se abrió la puerta en aquel momento dejando paso al doctor.

—¿Ya ha despertado, Soretti?

—Sí, doctor —dijo la enfermera.

—Déjenos solos, por favor.

—Sí.

Y cuando ella hubo cerrado la puerta.

—Se encuentra mejor?

—Bastante; es decir, me encuentro perfectamente bien... ¡pero sin entender lo que me ha pasado!

La expresión del rostro del doctor revelaba, una preocupación profunda.

—¿Tuvo alguna vez dolores de cabeza, Tony?

—Nunca.

Hubo una pausa.

—Tendremos que hacer un electroencefalograma —dijo el médico—. Es la única manera de explicar las cosas.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué hay que explicar, doctor?

—Yo no puedo decirle nada. Tony... No estoy autorizado para ello...

—¡Quiero hablar con míster Funk!

—Ya estuvo aquí, pero tendrá que esperar un poco todavía.

—¿Qué quiere dar a entender?

—Nada —sonrió, aunque no con mucho entusiasmo—. No se preocupe, muchacho. Mandaré que traigan el electroencefalógrafo aquí mismo, a su habitación y saldremos inmediatamente de dudas.

Se levantó, haciendo lo posible por mantener la sonrisa en sus labios y pulsó el botón, esperando la llegada de la enfermera.

—Vamos a hacer un «electro», señorita —dijo—. Usted me ayudará.

—Bien, doctor.

Media docena de minutos más tarde, el médico y la enfermera colocaban en la cabeza de Tony un casco con los pares de «receptores» adosados a distintas partes de su cráneo.

El doctor puso el aparato en marcha y la aguja empezó a vibrar, trazando un dibujo extraño, con subidas y descensos bruscos.

—Ahora cierre los ojos, Tony, y procure no pensar en nada.

El joven obedeció.

Cuando le quitaron el casco, sonreía.

—¿Lo he hecho bien?

—Estupendamente. Estudiaremos el gráfico y luego veremos.

—Oiga, doctor... ¿no podrían avisar a la señorita Pamela Walker... Es la sobrina de míster Funk y...

—Dentro de poco espero que podrá recibir todas las visitas que desee; por el momento, amigo mío, no puede.

—¿Es que estoy loco? —gritó, desesperadamente.

—En absoluto. Un poco de paciencia... Media hora, solamente... Es el tiempo que necesito para estudiar el gráfico... Por favor, espere ese tiempo.

—Bien.

Aquélla fue la media hora más larga que pasó en su vida. Mil ideas contradictorias rodaban por su mente. Por último, convencido de que no podía sacar nada en claro, procuró dormirse, lográndolo poco después.

Al despertarse, vio con sorpresa dos hombres, de rostros serios, ante él. La enfermera estaba a los pies de la cama.

—Ya se ha despertado —dijo ésta.

—Bien —repuso uno de ellos, el más bajo—. Muchas gracias por todo, señorita. Puede retirarse.

La enfermera salió silenciosamente, no sin lanzar una mirada de simpatía al púgil.

Tony correspondió; después, mirando al que había hablado, dijo:

—Usted dirá.

—Soy el inspector-jefe Marker, de la Policía del Estado y éste es el agente Callowan, en servicio.

Tony sonrió.

—Les advierto que estoy en orden con la policía...

—Bien —cortó el inspector—. Lo que deseamos ahora es que nos diga usted, lo más exactamente posible, dónde estuvo el jueves y viernes de la semana pasada, días doce y trece de noviembre.

—No lo sé.

—Vamos a ayudarle. El once estaba usted, por la mañana, en un rancho mejicano. A mediodía, mientras le esperaban para la comida, desapareció misteriosamente, reapareciendo, el catorce por la mañana, completamente borracho, en Battery Park. ¿Lo ve ahora más claro?

—No. Lo último que recuerdo es el paseo que di con la señorita Walker por los alrededores del rancho de míster Figuerola, el anfitrión de míster Funk.

—¿No recuerda nada más?

—No.

Hubo una pausa.

—Escuche, Soretti —la voz del policía se hizo insinuante—. Es inútil que intente engañarnos...

—Pero...

—Cuando fue encontrado en Battery Park se le encontraron, en uno de los bolsillos, algunas de las joyas de Sawsson.

—¿Sawsson? ¿Quién es?

—Uno de los joyeros más importantes de la ciudad —pacientó Marker—. Exactamente donde usted estuvo la noche del trece.

—¡Yo no estuve allí! ¡No recuerdo nada!

La sonrisa se borró de los labios del policía.

—¿Tampoco recuerda que mató usted a dos hombres, dejando al tercero

gravemente herido, cuando robó las joyas?

—¡Eso es una locura!

—Es posible. El doctor acaba de comunicarnos que su electroencefalograma es normal, lo que quiere decir que usted posee todas sus facultades mentales, entre ellas la memoria... ¿Por qué se empeña en seguir haciendo el estúpido?

Soretti estalló:

—¡No recuerdo nada, inspector!

El hombre hizo un gesto.

—Está bien... dejemos ese asunto. Se encuentra bien, ¿verdad?

Tony asintió.

—Perfectamente.

—O. K. Entonces, si le parece, va a vestirse y nos acompañará.

Él se extrañó.

—¿Dónde?

—A la Central.

Soretti preguntó:

—¿Detenido...?

—Sí.

Tony se había quedado pálido.

Pidió:

—¡Quiero hablar con un abogado! ¡Elegiré el mejor!

El inspector se encogió de hombros.

—Como quiera.

—¿Me permitirán hablar a mi «manager»?

—Sí, pero delante de nosotros.

—Está bien. Haga el favor de llamarle mientras me visto.

El agente Callowan se acercó al aparato.

—¿Número?

—26-Fer-1895.

—Bien.

Habló el agente y después de colgar.

—Vendrá enseguida. Estaba ansioso sin noticias de usted... Parecía muy impresionado.

Estas últimas palabras iban dirigidas a su jefe, el inspector.

Tony se vistió rápidamente, encendiendo un cigarrillo mientras esperaban la llegada de Max. Éste se presentó diez minutos después.

Miró a Tony, después a sus acompañantes, frunciendo profundamente la frente.

A Soretti le pareció que Max había envejecido veinte años más. Parecía cansado, deshecho, apagado, terminado.

—Escucha, Max... Me encuentro en un absurdo apuro... No es momento de explicártelo porque pronto lo sabrás... Quiero que busques al mejor abogado de la ciudad, no importa que gastes hasta el último centavo... Volveré, si es

preciso, al ring...

—¡Tony!

Era más que una exclamación, como un sollozo

—¿Qué pasa, Max?

El viejo «manager», con los ojos inundados de lágrimas, tardó unos segundos en contestar.

—¡Me han robado, Tony! ¡Todo tu dinero! ¡Me golpearon!

El inspector no pudo evitar una sonrisa.

—¿Cómo? ¿Que te han robado? ¿Quién, Max? ¿Quién ha sido?

—No lo sé... Tony... Eran dos hombres que vinieron en busca de ayuda... dijeron que no habían comido hacía dos días... yo...

—Comprendo, Max.

Intervino el inspector:

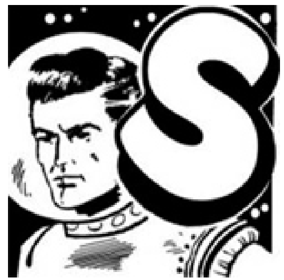
—¿Por qué no denunció usted el hecho a las autoridades?

—Ya lo hice.

Tony sonrió, tristemente:

—Es igual, Max... Todo es igual...

CAPÍTULO VI



ORETTI: Este Tribunal te condena, por doble homicidio y robo, con alevosía y nocturnidad, a la pena de trabajos forzados a perpetuidad en los campos auríferos de Marte.» Eso fue todo.

El resto, las declaraciones de los testigos, las de la policía, la brillante intervención de míster Funk, que solicitaba clemencia para el campeón del mundo... no sirvió para nada.

La sentencia estaba dada.

«Este Tribunal te condena...»

Tony lo sabía desde el principio, porque estaba seguro de que una horrenda fatalidad había caído sobre él, implacable, como si el destino desease destrozar su existencia.

Por doble homicidio...

Tony no conocía a las víctimas, pero vio los rostros de sus parientes y amigos, oyó sus expresiones de dolor y escuchó las palabras del médico forense que habló del sadismo del criminal y de las horribles muestras de violencia que mostraban los cadáveres.

¿Las pruebas?

De una evidencia espantosa: Sus propias huellas dactilares se habían encontrado por doquier.

De nada sirvieron las palabras del defensor, que intentó hacer ver al jurado que un hombre inconsciente podía haber sido llevado al lugar de los hechos y puestas las yemas de sus dedos sobre todos los objetos. Pero las joyas que se habían encontrado en los bolsillos de Soretti y los golpes propinados a las víctimas, que no podían ser más que los de un boxeador, pesaron demasiado sobre los jurados.

Estaba sentenciado.

A trabajos forzados a perpetuidad...

Toda la vida; es decir, una nueva y horrible vida que iba a empezar a partir de aquel momento.

Porque, ¿había sido realidad el pasado?

Tony no sabía nada. Estaba en un estado curioso en el que la bruma, como aquel día del combate con Lucky, lo envolvía por completo.

¿Cómo era posible que le acusaran de un crimen que no había cometido?

O... ¿lo había cometido verdaderamente?

En los campos auríferos de Marte.

Hacia ellos iba ahora, en las bodegas de un cargo que volaba hacia el planeta rojo. Era curioso que su primer viaje espacial lo pagase el Estado: viaje sin vuelta.

Veinte días duró la travesía. Cuando sacaron a Tony de su mazmorra y lo condujeron al despacho del director de la inmensa prisión que era la casi totalidad del planeta, los hombres que se cruzaban en su camino lo miraban, con curiosidad, ya que nadie desconocía aquel rostro, que los periódicos de todo el universo habían reproducido miles de veces.

—¡Ahí va Soretti!

—¡El campeón del mundo!

—Mató a dos hombres...

—Ya lo sé. Y robó una de las más importantes joyerías de Nueva York.

Llegaban las frases sueltas hasta él, que las escuchaba como si no le afectasen, como si fuesen dirigidas a alguien a quien no conociera ni remotamente.

Una vez ante el director, Tony se sintió intranquilo, sobre todo al ver la enorme foto de Lucky que presidía el despacho.

El hombre que estaba sentado tras la mesa le miró curiosamente, con una leve sonrisa en los labios. Era alto, fuerte, de rostro brutal y primitivo. Al escuchar su voz el joven prisionero recibió una penosa impresión.

—¡Vaya, vaya! ¡Pero si parece mentira! ¡Todo un campeón del mundo!

Y después de un silencio, en voz baja, prosiguió:

—Hay una sola manera de que las cosas no te vayan mal aquí, Soretti... Quiero saber de qué treta te serviste para ganar a Lucky.

Tony abrió desmesuradamente los ojos, mirando con asombro a su interlocutor.

—¿Treta? No comprendo, señor.

—¿Seguro que no me entiendes? ¿Me has tomado por imbécil? Lucky iba ganando y la gente no se equivocaba al considerarlo como vencedor... ¡Yo estaba allí! Había apostado todos mis ahorros a favor de nuestro muchacho y estaba contento porque Lucky se portaba como todos sus amigos esperábamos. Tú, por el contrario, estabas hecho polvo, destrozado... ¡Y de repente, vas y lo tumbas! ¡Así! ¡En una décima de segundo! —su voz se hizo como un rugido—. ¿Qué hiciste a Lucky, mal nacido?

—Nada, señor. Le propiné un derechazo en el mentón.

—¡Imbécil! Ni tú, ni todos los de tu casta podéis tumbar a Lucky de un puñetazo... ¡Si te derrumbaste tú nada más pegarle! ¡Lo vi con estos ojos, granuja!

Y después de un silencio.

—¿Qué hiciste a Lucky?

Tony respiró con dificultad. Estaba como anonadado, ya que no esperaba

una acusación como aquélla.

—¿No quieres decirlo, eh?

—¡Pero si no hice más que golpearle lealmente!

—¡Calla, perro!

Golpeó la mesa con los puños.

—Tú lo has querido. Si me hubieses dicho la verdad, otro gallo te hubiera cantado... Pero negándote a que el mundo conozca la trampa que hicisteis a nuestro muchacho... ¡Vas a pagarlas juntas? ¡Te destrozaremos! Te convertiremos en un pelele, en un pobre tuberculoso que preferirá mil veces la muerte a cuanto le suceda... ¡Nos las pagarás, tramposo cobarde!

* * *

Los barracones se extendían sobre una superficie de más de cien millas cuadradas. ¿Cuántos prisioneros podía haber allí?

¿Cien mil? ¿Un millón? Nadie lo sabía. No había tiempo suficiente para preocuparse de aquellas minucias: el trabajo, durante una jornada inacabable, día o noche, ya que se trabajaba a la luz de potentes focos, arrancaba todo deseo de saber... y hasta de vivir.

Alrededor de los barracones no había sido necesario colocar las clásicas alambradas, ni centinelas, ni torres para vigilar. El amarillento desierto marciano era el mejor vigilante, la mejor barrera, el óptimo obstáculo.

Quién se atrevería a cruzarlo, con la vana esperanza de escapar?

Sólo un loco, como muchos que habían perdido la razón allí, lo pudo intentar, pero sus huesos debían de blanquear las arenas, que eran como polvo, no lejos de allí, cuando su cuerpo se negó a continuar obedeciendo a la demencia que lo impulsaba.

Los yacimientos de oro eran pobres, muy pobres, casi inexistentes; pero ¿qué importaba? La mano de obra era casi gratuita y nadie se preocupaba de organizar el trabajo ni la producción.

Eso sí, diez horas de labor, sin más descanso que media para almorzar, en los yacimientos y seis de limpieza en los barracones. Total, catorce horas moviéndose bajo la vigilancia de los guardianes, verdaderos verdugos, dispuestos siempre, con la anuencia del director y hasta con su complacencia, a divertirse a costa de los prisioneros.

Un helicóptero llevó a Tony al campamento de presos, demostrándole, en el largo viaje desde la casa del director hasta las minas, que la tremenda distancia que los separaba, siempre sobre el desierto, era lógicamente infranqueable.

Encuadrado por dos guardianes armados hasta los dientes, Tony, una vez bajó del helicóptero, fue conducido al despacho del Jefe de Campo.

Se estremeció al ver el enorme retrato de Lucky colgado en la pared, detrás del personaje ante el que se hallaba. Y como le mirase, el otro dijo:

—¡Ahí le tienes, cobarde! ¡Ése es mi hijo!

Tony, incapaz de extrañarse de nada, se quedó silencioso.

—Ya me ha telefoneado el director, no te preocupes... No me importa que te niegues a confesar el truco que empleaste para vencer a mi hijo... ¡Lo pasarás muy mal, Tony Soretti! Es una verdadera, pena para ti que hayas cometido un delito que te trajese a Marte... Mi hijo se alegrará de saber que estás aquí, cuando vuelva, ya que, después de lo que has hecho, ha de revalidar nuevamente el título y está aún en la Tierra... ¡Y pensar que destrozaste todos nuestros planes con tu canallesca trampa!

Era inútil convencer a aquel hombre de que estaba en un error. Por eso, dispuesto a soportar lo que fuese, Tony no despegó los labios.

Media hora después estaba en su barracón desde donde fue conducido, inmediatamente, a la zona donde se encontraban trabajando los de su equipo.

Su llegada despertó un interés tremendo. Y para aumentar el efecto, los guardianes que le empujaban, no dejaban de gritar:

—¡Ahí tenéis al campeón del inundo!

—¡Éste fue quien derrotó a Lucky!

Le miraban con odio en los ojos, con asco en los gestos, con los puños cerrados y las miradas llameantes.

—¡Oye, Walk! —gritó uno.

El guardia se detuvo, mirando complaciente al que le había interpelado.

—¿Qué te pasa, Spencer?

—¿Por qué no me dejas probarlo? Ya sabes que fui yo quien entrenó a Lucky... Él me prefería a cualquier otro.

—No es mala idea —dijo Walk.

Y empujando a Tony:

—¡Demuéstrenos ahora si eres tan hombre como dices!

Soretti se dio cuenta de que se hallaba en una verdadera encrucijada, recordando, sin poder evitarlo, los tiempos de su niñez, cuando había de defender su fama con los puños. Percatóse también de que aquélla era la única ocasión propicia que se le presentaba desde hacía mucho tiempo.

Miró a su adversario.

Nunca, hasta entonces, había visto un ejemplar tan descomunal de la raza humana. Gigantesco, con más de dos metros de altura y un corpachón tremendo, el llamado Spencer poseía un rostro verdaderamente bestial, que hubiese hecho las delicias de un pintor que desease representar al primitivo hombre de las cavernas.

Llevaba un viejo pantalón caqui y una camisa azulada, abierta, dejando ver su velludo y formidable tórax. Sus mangas remangadas dejaban al aire unos brazos que parecían pertenecer a un gorila.

No era extraño que Lucky golpease de aquella manera si se había entrenado con tipos como el que Tony tenía delante.

En aquellos instantes —los pocos segundos que le dejó pensar el gigante —, Soretti se dio cuenta de que si perdía aquella batalla podía darse definitivamente por acabado, ya que cualquiera de los presos que le miraban ahora con odio, se creería con derecho a todo y terminarían por propinarle una

paliza por el más fútil motivo.

«He de demostrarles —se dijo— que, al menos, sigo siendo un hombre dispuesto a defender mis derechos y con agallas para hacerlo».

Se había formado un círculo que les rodeaba por completo. La expectación se leía en los ojos, pero había en aquellas pupilas inyectadas en sangre mucho más deseo de ver el dolor del vencido, sus inútiles súplicas, su derrumbamiento definitivo.

—¡Acaba con ese gusano asqueroso, Spencer!

El gigante no se lanzó locamente sobre su adversario, sino que tomando una postura puramente pugilística, demostró haber aprendido las lecciones, que sus entrenamientos con Lucky le habían proporcionado.

Debía de haber recibido muy serios golpes del marciano, ya que avanzaba con precaución, como un verdadero profesional, jugando magistralmente las piernas y protegido por una guardia cerrada.

Sus puños, en ellos se fijó Tony enseguida, eran como mazas.

«Tengo que evitar, a ser posible, que me toque con ellos. Si lo hace, estoy perdido.»

Pero no fue óbice para que avanzase directamente hacia su contrario.

Salvo algunas fintas sin importancia, los primeros minutos de aquella curiosa lucha no tuvieron aliciente alguno para los ansiosos espectadores; pero cuando Spencer lanzó su puño, logrando golpear el hombro derecho del otro, que fue impulsado hacia atrás, prisioneros y guardianes lanzaron un grito de triunfo.

—¡Es de paja, Spencer!

—¡Acaba con él!

—¡Destrózalo!

—¡Demuéstrale lo que son tus puños!

Animado, el gigante se lanzó locamente, olvidando toda prudencia.

Una serie de golpes-relámpago detuvieron su impetuoso impulso.

Derecha, izquierda... derecha, izquierda...

Rápidos y duros.

Tony recordaba las voces de mando, durante los entrenamientos, del viejo Max. Y ahora, seguro de la inferioridad de su adversario, descargaba los golpes a un ritmo verdaderamente formidable.

Derecha, izquierda...

Spencer retrocedió lentamente, como si una fuerza invisible le impeliese a hacerlo.

De todas formas, a pesar del duro castigo que estaba recibiendo, encajaba maravillosamente bien, demostrando su clase y sirviéndole, en aquellos momentos, todo lo que había recibido de los fuertes puños de Lucky.

Por eso, cuando más hundido parecía, sin dejar de retroceder, logró que uno de sus puños atravesase la barrera defensiva de Soretti, consiguiendo golpear el rostro del campeón.

Fue como la patada de una mula.

Tony salió lanzado como bajo el impulso de una catapulta, y fue a caer seis metros más atrás, con la boca llena de sangre.

Había subestimado a su enemigo.

Éste, furioso, se lanzó ahora abiertamente, dejando de lado la lluvia de golpes que se le venía encima.

Por fortuna, Tony poseía una escuela magistral y pudo sacar partido de su situación verdaderamente desesperada. Retrocediendo sin cesar, logró frenar un poco el impulso del gigante, volviendo a organizar su guardia y parando efectivamente cuantos golpes le dirigía Spencer.

Aquella fase pasiva duró cerca de cinco minutos y fue, para Soretti, la más dura de la pelea. Pero una sonrisa entreabrió ligeramente sus apretados labios al percatarse de que el gigante iba perdiendo energías, ya que había realizado un esfuerzo verdaderamente colosal.

Entonces, cuando lo juzgó oportuno, Tony pasó al contraataque.

Empezó golpeando ferozmente los flancos de su enemigo, hasta desorganizar su ritmo respiratorio, al que sucedió una especie de asma que le ahogaba. Entonces, seguro de que los brazos ya no podían obedecer a Spencer en aquella situación, se abrió brutalmente paso a través de la inestable guardia del otro, pegando en su rostro con una intensidad creciente.

Se dio cuenta entonces de que una feroz rabia se apoderaba de él y que deseaba, por encima de todo, demostrar a aquellos granujas que él, Tony Soretti, había merecido el título de campeón mundial.

Fue una maravillosa lección de boxeo.

Poco a poco, la grandiosidad del gigante, se convirtió en algo despreciable, que despertaba más compasión que interés. Convertido en una especie de muñeco, Spencer terminó por caer de rodillas, levantándose una sola vez, para recibir el golpe de gracia que le proporcionó su adversario y que lo derribó definitivamente.

Pero el triunfo del nuevo prisionero no despertó, como era natural, ningún eco. Por el contrario, un gruñido, que no expresaba nada, surgió de la garganta de cuantos contemplaban el combate.

—¡A trabajar todo el mundo!

Era el colofón, en labios del guardián, furioso por haber asistido a la derrota de su preferido.

Le dieron a Tony una pala, colocándole en un lugar en el que el calor era verdaderamente espantoso. Trabajaban a media galería, en excavaciones casi completamente cerradas, siempre envueltos en el polvo cegador de la arcilla aurífera que debía de pertenecer a un antiguo lecho de un caudaloso río.

A mediodía, cuando se detuvieron para almorzar, unos presos de servicio trajeron la comida, arroz hervido y un poco de pan, que distribuyeron, cargando los recipientes que tenía cada prisionero.

Con el suyo en la mano, Tony se alejó a un rincón, deseando estar solo con sus pensamientos.

—¡Hola, hombre!

Se volvió, sorprendiéndose al hallarse ante un hombre de rostro curtido, pelo lacio e intensamente negro, con dos grandes ojos brillantes que le miraban fijamente.

—Hola.

—Me alegro de conocerte, Tony.

—Yo también me alegro de conocerte.

El otro se encogió de hombros.

—Tú no sabes quién soy, pero yo sé mucho de ti, muchacho.

—No me extraña.

El otro sonrió.

—Me llamo Pancho —dijo— y he oído hablar mucho de tu proceso... ¡Te engañaron bien!

—¿Qué demonios dices?

—No levantes tanto la voz... Aquí hay muchos «chivatos» y es peligroso que le oigan a uno... ¿No sabes que los nuevos suelen traer periódicos?

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que yo leí tu proceso. Y cuando vi que habías estado en el rancho Figuerola, me olí «la tostada».

—¿Qué quieres decir?

—Yo trabajé en el rancho de ese granuja... ¿sabes? Es un hombre que hace de todo, especialmente contrabando de joyas por cuenta del gringo para el que tú trabajabas.

—¿Yo?

—Sí. Ese tal míster Funk... ¡Menudo pájaro!

—¿Lo conoces?

—¡Que si lo conozco! Venía al rancho con cierta frecuencia y le oí hablar con «mi patroncito», ese mala sangre de don Luis. ¡En menudo jaleo te metiste, hermano!

—No te entiendo.

Pancho bajó la voz.

—Tú, con toda seguridad, hiciste algo malo a míster Funk: es un hombre que no perdona.

—Yo no le hice nada. Además, estás completamente equivocado: míster Funk declaró a mi favor en el proceso.

—¡Qué bobadas! Yo me di cuenta, nada más leer los «papeles», que tú no eras un tipo capaz de robar nada... ¿No es verdad?

—Así es. Yo no robé nada.

—Por eso... Escucha: tú tienes que recordar si hiciste algo a ese Funk. Cuando hayas descubierto el motivo, podrás llegar a una conclusión lógica, que yo me sé de memoria: Funk es el culpable de que estés aquí.

Y viendo que el joven le miraba, extrañado, continuó:

—Veamos, amigo... ¿Por qué no me cuentas todo lo que recuerdes?

Tony, quizá por el ansioso deseo de confiar en alguien, le contó cuanto había ocurrido. El hombre escuchó pacientemente, sin interrumpir a su

compañero ni una sola vez; después, cuando el púgil terminó de hablar, se le quedó mirando fijamente.

—¿Cómo pudiste ser tan loco? —inquirió.

—¿Loco? ¿Por qué?

—Porque todo el mundo, en el rancho de Figuerola, sabía que Funk estaba enamorado de su sobrina como un chiquillo.

CAPÍTULO VII



ARECÍA como si el mundo cayese brutalmente sobre él.

—¡No es posible!

Pancho, por un momento, creyó, ante la mirada que le dirigió el otro, que lo iba a destrozar de un puñetazo; por eso, con toda franqueza, dijo:

—Te juro, amigo, que lo que estoy diciéndote es la pura verdad. Fíjate bien que voy a agregar algo: si todo el mundo sabía que Charles Funk estaba loco por la señorita Pamela, ésta lo ignoraba por completo.

La diestra de Tony se posó amistosamente sobre el hombro del otro.

—¡Me has hecho pasar un momento espantoso! Todo lo que me ha ocurrido hasta ahora carece de importancia al lado de lo que acabas de decirme.

—Lo comprendo. Por eso me atrevía a llamarte loco... Te opusiste al más impetuoso deseo de Funk. Y era natural que éste reaccionase violentamente.

—¿Lo encuentras natural?

—En un tipo como él, es lo lógico... Tú no sabes nada, muchacho... Figuerola y él las han hecho de todos los colores...

—Ahora se aclara todo, en parte... Todavía quedan muchas cosas por explicar; pero, de todas maneras, acabo de descubrir el móvil que hizo que todo se me cayese encima. Por un momento, Pancho, pensé que me había vuelto loco o que poseía una doble personalidad que obraba fuera de mi control. ¿Cómo explicarme lo del robo y el doble asesinato?

—Puedes estar seguro de que tú no los cometiste.

—Lo estaba, desde el principio, por una especie de intuición, pero no tenía más remedio que dudar.

Hubo un silencio.

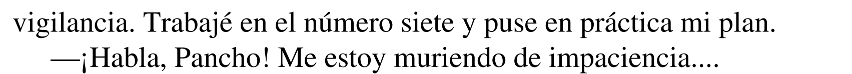
—Escucha, Tony. Yo tampoco sé cómo se las arreglaron para hacerte caer en ese cepo horrible, en esa trampa canallesca, pero me jugaría la vida contra el que me dijese que Funk no era el autor de todo eso.

Soretti sonrió tristemente.

—De todas formas —dijo, con un hilo de voz—, sólo me queda la satisfacción de saberme inocente. Él ha ganado.

Pancho guiñó un ojo, significativamente.

—No lo creas.
—¿Qué quieres decir?
—Ahora, nada. Los guardianes se han levantado y eso indica que el trabajo se va a reanudar. Esta noche, cuando volvamos a los barracones, procura entrar de los primeros, junto a mí... Colocaremos nuestras camas juntas y hablaremos.
—Bien.
Tony trabajó como un autómata, con la imaginación bien lejos de aquel lugar. Todavía, a pesar de las palabras del mejicano, seguía dudando de que Charles Funk hubiese llegado hasta hundirle.
Pero, al recordar la pasión de aquel canalla por Pamela, se estremeció de rabia, esclareciéndosele las ideas definitivamente. Era natural que un hombre como Funk, incapaz de luchar en igualdad de condiciones por el amor de la muchacha, hubiese buscado toda clase de artimañas para perder a su rival, para hundirlo para siempre y, al mismo tiempo, para desacreditarle ante los ojos de la mujer que amaba.
Era sencillamente diabólico.
Seguro ya de que no había cometido, ni inconscientemente, los delitos por los que había sido injustamente condenado, Soretti experimentó una tranquilidad de conciencia formidable.
De poco iba a servirle la paz que había logrado; pero, de todos modos, había mucha diferencia en tener la seguridad plena de que era inocente.
Era ya noche cerrada cuando volvieron a pie a los barracones. Desde el primer momento, cuando formaron entre los guardianes, Tony procuró ponerse a la cabeza de la fila, situándose junto al simpático mejicano, que le guiñó amistosamente un ojo.
La marcha fue lenta y penosa porque el trabajo les había extenuado. Al llegar al campamento, les fueron dando, sin permitirles romper la fila, un trozo de pan y una pasta sintética para la cena, que debían consumir en el barracón, en los que fueron apagadas las luces casi inmediatamente.
Echados uno junto a otro, los dos hombres devoraron lo que les habían entregado.
Era curioso oír el ruido de las mandíbulas de cientos de hombres que masticaban al unísono. Después, cuando el silencio se hizo por completo, la voz de Pancho susurró una llamada:
—¿Duermes?
—No.
—Escucha... La semana que viene nos tocará transporte.
—¿Qué quieres decir?
—Que nuestro equipo tendrá que empujar las vagonetas hasta los depósitos.
—¿Y qué?
—Hace dos meses, yo ya llevo aquí dos años que me parecen diez siglos, estuve de limpieza en los depósitos. Es un lugar agradable y con muy poca


vigilancia. Trabajé en el número siete y puse en práctica mi plan.

—¡Habla, Pancho! Me estoy muriendo de impaciencia....

—Voy. He trabajado varias veces en la limpieza de los depósitos, que son muy grandes... once metros de alto por cuatro de diámetro.

—¿Cilíndricos?

—Sí. Había allí muchos trozos de plancha de los depósitos que se habían ido estropeando. Tuve entonces la idea de preparar mi fuga, sin saber que podías llegar tú...

—Pero... ¿estás hablando en serio?

—Sí. Ya sé que parece completamente imposible escapar de este infierno, pero Pancho no se ha desesperado jamás... y haciendo funcionar un poco el cerebro, sobre todo después de ver los depósitos, me dije que lo de imposible era totalmente exagerado.

—¿Qué hiciste?

—Coloqué una plancha curva en el fondo de uno de los depósitos. Durante cerca de dos semanas trabajé para tapar las fisuras que quedaban en dos de sus lados. Creo que lo conseguí bastante bien, dejando una plancha movible, en forma de puerta pequeña.

—No te entiendo.

—Es muy fácil... Como iremos el día de la carga, nos meteremos los dos, en cualquier momento, en el interior del depósito, penetrando en la especie de compartimento que he construido. No es muy grande ni muy cómodo...

—¿No dices que está en el fondo del depósito?

—Sí.

—Eso quiere decir que nos echarán el mineral encima, ¿no es así?

—Así es.

—¿Y crees que resistirá la chapa?

—Estoy seguro. El peligro está en las juntas... Si resisten, todo irá bien, sino... el mineral llenará el compartimento y moriremos.

—Comprendo.

—También hice más de doscientos agujeros pequeños en la pared del depósito, en el compartimento. Así podremos respirar con cierta facilidad.

—¿Y que haremos, una vez dentro?

—Esperar.

—¿Cuánto?

—Unos quince días, que es lo que tardaremos en llegar a la Tierra. Una vez allí, nos volcarán, «por las buenas»; pero ya nos las arreglaremos para que no nos rompan los huesos.

—¡Cuenta conmigo!

—Ya lo sabía. Tengo guardado, además, un paquete de comida, no muy abundante y una barrica con agua... Pasaremos hambre... y sed; pero no creo que nos demos mucha cuenta.

—¡Todo con tal de salir de aquí!

—Ésa es mi opinión.

Charlaron durante dos horas, ultimando los detalles y estudiando detenidamente aquéllos que estaban aún medio hilvanados. Cuando Tony se durmió, no pudo, evitar que su sueño se viese invadido por optimistas ideas de libertad.

Se veía en la Tierra, en Nueva York, moviéndose, al amparo de las sombras, hasta descubrir lo que habían hecho con él y poder castigar al culpable. Se contrajo, en sueños, despertándose sobresaltado, sudoroso, latiéndole el corazón descompasadamente.

—¡Me las pagarás, Funk! ¡Tendré tu piel!... ¡Lo juro!

* * *

A pesar de la facilidad que tenían para instalar medios mecánicos para el transporte del mineral, los hombres tenían que empujar las pesadas carretillas a fuerza de brazo, como en épocas remotas.

—El director y el jefe de campo lo querían así.

Dueños absolutos, sin ninguna clase de control oficial, ponían toda la maldad posible en sus actos, como si desearan vengarse del exilio a que sus puestos les tenían condonados. Tanto el uno como el otro hubiesen deseado dejar todo aquello y volver a la Tierra, pero sus contratos, satisfactoriamente económicos, habían sido firmados por diez años y renovados, en el caso de los padres de Lucky, por la ambición de poseer una pequeña fortuna al volver a la Tierra.

Una estrecha vía férrea unía los yacimientos con los depósitos donde el mineral era cargado una vez al mes. Y empujando las vagonetas, Pancho y Tony, partieron, aquella mañana, junto a un millar de prisioneros, sonriendo a pesar del esfuerzo que tenían que hacer.

Los depósitos, tal y como había dicho el mejicano, tenían unas proporciones colosales y Tony se estremeció al calcular, muy por encima, el peso del mineral que contendrían al ser cargados.

Pero no se arredró por eso.

Durante todo el día cargaron el elevador que, como en los silos, vertía el mineral por un grifo enorme. Y como Pancho había dicho, sólo un grupo de doscientos quedó haciendo aquel trabajo, regresando el resto al yacimiento.

Al llegar la noche, se encendieron enormes focos que iluminaban el primer depósito.

Además de los prisioneros, media docena de guardianes, todos ellos ocupados con el elevador, formaban el equipo nocturno encargado de llenar los cilindros metálicos.

—Hay que prepararse —musitó Pancho—. Ven hacia allá, como si atendiésemos aquella parte del elevador. Cuando yo te dé un codazo, me sigues sin vacilaciones.

—¿No nos verán? —se inquietó el joven.

—No. Ya has visto que van iluminando los depósitos uno a uno... Tendremos tiempo para penetrar en el nuestro y tardarán un poco hasta llegar

el siete.

—¡Ojalá no te equivoques!

—No temas...

Pasaron al otro lado y se pusieron a trabajar con otros presidiarios.

Tony estaba nervioso y no dejaba de echar miradas a los guardianes que, afortunadamente, estaban ocupados sobre la plataforma del elevador, controlando la subida del mineral.

Cuando Pancho le dio el convenido codazo, las piernas de Tony flaquearon y tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad formidable para escapar de aquella especie de parálisis emotiva que se había apoderado de él.

Una vez en las sombras, se tranquilizó.

El mejicano lo llevaba de la mano, tirando de él y Tony le seguía mansamente, confiándose plenamente en su buen amigo.

Pancho había elegido el número siete porque estaba situado junto a una especie de terraplén, lo que hacía posible la ascensión. Una vez que estuvieron en el borde, Tony preguntó:

—¿Cómo vamos a bajar?

—Espera.

El mejicano sacó una cuerda, que desenrolló de su cintura, atándola al borde interior del cilindro; luego, señalando el camino, prosiguió:

—Baja y espérame en el fondo.

—Bien.

Tony descendió, siempre temeroso de que la frágil cuerda se rompiese; pero, por fortuna, llegó abajo sin novedad.

Minutos después, Pancho estaba junto a él y retiraba la cuerda, tirando de uno de sus dos cabos, ya que ambos quedaron colgando.

Soretti se había percatado de que la superficie que pisaba era convexa, correspondiendo a la plancha que su amigo había colocado.

—¿Dónde está la entrada?

—Por aquí.

Pancho conocía perfectamente «su obra», y no se equivocó en un solo milímetro. Abrió la especie de portezuela, pasando por la estrecha abertura, por la que, inmediatamente después, pero con mayor dificultad, pasó el púgil.

El «compartimento» era diminuto y les obligaba a estar de rodillas; pero, al mismo tiempo, su amplitud era la del cilindro, lo que les iba a permitir estar echados con una cierta comodidad.

Pancho preguntó:

—¿Te gusta?

—No está mal.

Pancho había encendido un fósforo y juntos observaron lo que iba a ser su vehículo de salvación... o su féretro.

—¿Y la comida?

—La he traído... Pero tengo que ir en busca del agua. La dejé oculta cerca de aquí.

—No tardes.

—No.

Al quedarse solo, Tony pudo saborear la esperanza que iba penetrando en su espíritu. No desdeñaba, ni mucho menos, los peligros que se cernían sobre su cabeza —¡y nunca pudo expresar una frase tanta verdad!—; pero, a pesar de todo, veía al final de la ruta un poco de luz que, aunque débil y lejana, sustituía favorablemente a las tinieblas que, hasta entonces, habían reinado en su espíritu.

Oyó a Pancho decir:

—¡Ya estoy aquí, amigo!

Soretti preguntó:

—¿Sin novedad?

—Sin novedad. Están cargando ahora el depósito número tres.

—¿Ya?

—Sí. Ahora no nos queda más que esperar a que carguen éste.

Hubo un silencio.

—Voy a fumar un cigarrillo.

—¡No!

—¿Por qué?

—No conviene ahora ninguna clase de luz... ¿Olvidas los agujeros por los que respiramos?

Soretti asintió.

—Tienes razón, pero es que los nervios me están devorando.

—Cálmate. No tenemos más remedio que tener un poco de paciencia. Cuando carguen el nuestro, llegará el momento decisivo... Si esto resiste, bien; si no resiste, nos veremos en el otro mundo.

Los minutos que pasaron fueron largos y angustiosos. A través de los pequeños orificios que el decidido mejicano había hecho en la pared del depósito, fueron viendo la luz de los reflectores que se acercaba a medida que lo hacía el elevador.

La intensidad luminosa fue creciendo.

—¡Ahora cargan el cinco!

Un rugido tremendo acompañó las palabras de Pancho. Era el estrépito del mineral que caía desde los «grifos» al depósito y que le hizo a Tony el efecto de un trueno espantoso.

¿Qué sería de ellos cuando el mineral cayese en el siete?

Cuando se acercaron, para cargar el seis, la luz que penetraba por los orificios era tan intensa que el púgil pudo, por vez primera, observar cómodamente el recinto de metal en el que estaba encerrado. Miró, con cierto temor, la plancha metálica que tenía sobre la cabeza.

Era vieja y estaba alabeada y llena de orín por muchos lugares.

No quiso pensar más.

Momentos después, el rugido del sexto le ensordeció, al ser repetido por el eco en el interior del siete.

Cuando terminó:

—Debíamos de taparnos los oídos, Pancho.

Su amigo se extrañó.

—¿Por qué?

—Nos saltarán los tímpanos si no lo hacemos. El ruido será espantoso...

—No es mala idea.

La luz envolvió el cilindro, permitiendo ver en su interior como si fuese de día. Aquellos segundos de espera fueron francamente espantosos.

Después, bruscamente, fue como si el mundo se les echase encima. Resonaron las planchas, gimieron las junturas y un polvo asfixiante penetró por los mil intersticios que el mejicano no pudo cerrar.

Al mismo tiempo, el estrépito les ensordeció, golpeándoles, de una manera puramente física, como si mil martillos a la vez cayesen sobre ellos.

Pancho perdió el conocimiento enseguida, ante aquel choque brutal.

En cuanto a Tony, resistió cuanto pudo; pero, al final, al igual que su compañero, se derrumbó, incapaz de soportar aquel horror....

CAPÍTULO VIII



HARLES FUNK miró impaciente hacia la puerta de la habitación que continuaba cerrada.

Los cigarrillos a medio consumir se habían ido acumulando sobre el cenicero de la mesa vecina y eran como una demostración del tiempo que llevaba esperando.

Pero ella había prometido salir.

Desde la caída vertiginosa de Tony, Pamela se había recluido en su habitación, permitiendo solamente la entrada a su doncella. De nada habían servido los ruegos de Funk que, a veces, temía haber obtenido resultados opuestos a los que deseaba.

Blak le había dicho mil veces que tenía que tener paciencia, alegando que él conocía la psicología ilógica de las mujeres:

—Todas son iguales, patrón... Deje que la muchacha se harte de llorar y luego vendrá a usted como si nada hubiese pasado. Es una ley que todo el mundo conoce: «A amor muerto, amor puesto.»

Y así había ocurrido.

La víspera, ella le había contestado por escrito que saldría a dar un paseo en su compañía, agradeciéndole todo lo que había hecho y pidiéndole perdón por haberse comportado de aquella manera.

Charles se consideró en aquel momento el hombre más feliz del mundo.

Al mismo tiempo, estaba plenamente satisfecho del plan que había hundido a Tony y que había resultado tal y como él había pensado. Hasta el robo del dinero que guardaba Max, privando así a Soretti de la ayuda que podía haber encontrado, buscándose el mejor abogado, contribuyó al éxito de la empresa.

La prensa y los demás medios de difusión habían atacado tan duramente al campeón que ya no podía quedar nadie que experimentase la más pequeña simpatía hacia Tony Soretti.

Pero lo que más importaba a Funk era que aquel modo de pensar fuese el de Pamela que —él se había preocupado de hacérselos llegar a su habitación — debía de haber leído todos los periódicos que hablaban del caso.

Miró hacia la puerta.

Detrás de aquella frágil madera estaba lo que, más deseaba en el mundo. Y ahora, pensándolo, llegaba a la conclusión de que, de tratarse de otra mujer, la puerta haría ya bastante rato que hubiera saltado en pedazos.

Fue en aquel momento cuando se abrió, permitiendo a Charles contemplar a la muchacha.

Ésta había adelgazado bastante en aquellos días, pero seguía siendo tan hermosa como siempre. Por un momento, Funk temió que vistiese un ridículo luto, pero el vestido de un tono azul que ella llevaba le demostró que la victoria conseguida había sido completa.

—¡Pamela!

Ella se dejó abrazar, abandonándose en los brazos de Funk, como si estuviese en los de su propio padre.

—¡Tío Charles!

—¿Te encuentras ya mejor?

—Sí.

Un asomo tímido de sonrisa iluminó su rostro.

—Vamos a dar un paseo, querida... Tengo una sorpresa para ti.

Ella le miró con los ojos llenos de agradecimiento y juntos, del brazo, salieron de la suntuosa residencia de Funk. Apenas habían abierto la puerta de la calle cuando ella pudo ver el maravilloso vehículo que estaba junto a la acera.

Era un «Jaguar», con ocho potentes turbinas, disimuladas bajo una carrocería atrevida. Los níqueles brillaban como plata y las láminas de «plastikón», con que estaba enteramente construido, poseían unas tonalidades desiguales, lo que hacían parecer al vehículo una nave del espacio.

—¿Te gusta?

—¿Es... para mí?

—¡Naturalmente! Quiero que olvides, pequeña... Ya sabes que estoy dispuesto a hacer lo que sea por verte sonreír.

Ella, sin poderse contener, se echó a sus brazos, besándole en las mejillas, que pronto se humedecieron.

—¿Cómo? ¿Lloras?

—Es de alegría, tío Charles...

Él frunció el entrecejo.

—¿No habíamos quedado hace mucho tiempo que no me ibas a llamar tío?

—Perdona... Charles.

—¡Así me gusta! ¿Estrenamos ese bólido?

—¡Sí!

Descendían por las escaleras del porche cuando se abrió la puerta de la casa tras ellos.

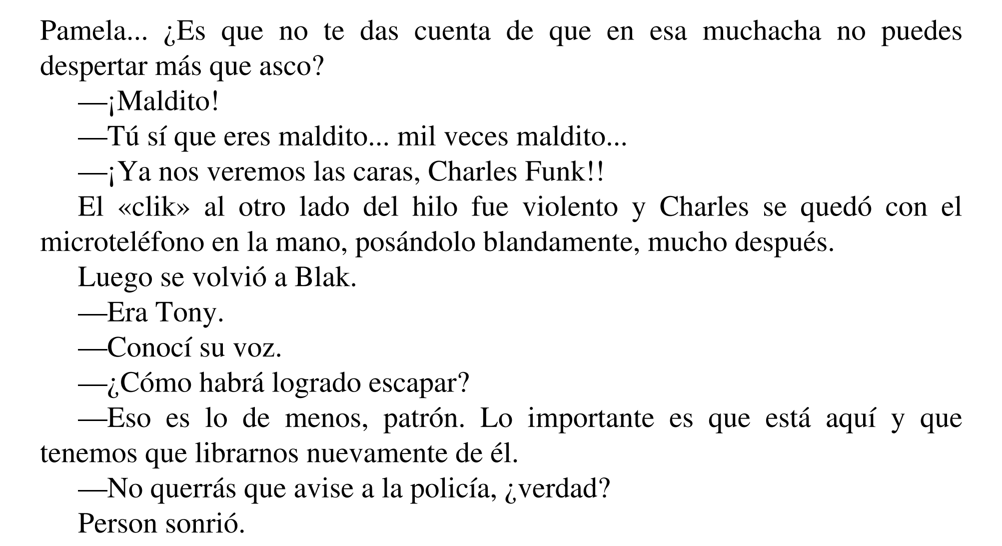
—¡Eh, señor Funk!

Era Blak.

Charles se volvió, molesto por la inoportuna llamada.

—¿Qué hay? —inquirió, con voz áspera.

—Una llamada telefónica.
—Di que no estoy.
Person le hizo un gesto.
—Es... muy importante.
Dominando su cólera, Charles se volvió hacia la muchacha.
—Tienes las llaves en el cuadro, querida... Da una pequeña vuelta, para probarlo, y regresa enseguida... No me hagas esperar, ¿eh?
—Gracias, Charles.
Funk penetró en la casa, detrás de su lugarteniente. Estaba furioso.
—¿Quién es el imbécil que me llama ahora?
—Va a llevarse una sorpresa, patrón...
Y Blak señaló el teléfono, sobre una mesita, en el hall.
Chales se apoderó del micro teléfono y con voz ruda:
—¿Diga?
—Hola, patrón.
—¿Quién es?
—¿No se lo ha dicho Blak, jefe?
—No. ¿Quién demonios eres?
—Tony Soretti.
Un escalofrío recorrió la espalda del magnate, que durante unos segundos se quedó sin habla.
—¡Imposible! —exclamó, al fin.
—¿Por qué? ¿No se alegra de volverme a oír?
Charles tragó saliva, con dificultad notoria.
—¡Claro que sí, muchacho! ¿Cómo has logrado...?
—¿Escapar?
—¡Eso es!
—Sería muy largo de contar... ¿Y Pamela?
Otro estremecimiento recorrió la espalda de Funk.
—Está muy bien... ¡Pero no se te ocurra venir por aquí! La comprometerías... Dime dónde te encuentras y te ayudaré, te daré dinero y te ocultaremos en un sitio seguro.
—Se lo agradezco todo, patrón; pero, francamente, temo que el «sitio seguro» que usted me busque sea demasiado seguro para todos, excepto para mí.
—¿Qué quieres decir?
La voz de Tony sonó como una tralla.
—¡Basta de bobadas, Charles Funk! Todavía no tengo las pruebas necesarias, pero estoy seguro de que fuiste tú quien urdió mi pérdida... ¡Lo he jurado, Funk! ¡¡Tendré tu piel!! De nada te servirán los matones que te rodean... Tarde o temprano estaremos frente a frente... y conocerás el combate más tremendo de todos los que has visto en tu vida.
—Pero...
—¡No tendré piedad contigo, canalla! Ya sé que estás enamorado de



Pamela... ¿Es que no te das cuenta de que en esa muchacha no puedes despertar más que asco?

—¡Maldito!

—Tú sí que eres maldito... mil veces maldito...

—¡Ya nos veremos las caras, Charles Funk!!

El «clik» al otro lado del hilo fue violento y Charles se quedó con el microteléfono en la mano, posándolo blandamente, mucho después.

Luego se volvió a Blak.

—Era Tony.

—Conocí su voz.

—¿Cómo habrá logrado escapar?

—Eso es lo de menos, patrón. Lo importante es que está aquí y que tenemos que librarnos nuevamente de él.

—No querrás que avise a la policía, ¿verdad?

Person sonrió.

—No, no creo que sea necesario.

—¿Tienes algún plan?

—Blak siempre los tiene... —alargó las manos—. Todavía sigo teniendo las mismas huellas que antes, es decir, las de nuestro amigo Soretti.

—¿Qué quieres decir?

—Que la policía puede conocer la llegada de Tony, quizás antes de que Marte se lo comunique, por una serie de horribles crímenes que el excampeón puede cometer.

—¡Es verdad!

—Hay que lograr que se le considere como algo peligroso, extremadamente peligroso... alguien con quien no se puede pactar y a quien hay que abatir como a un perro.

—¡Es una magnífica idea, Blak! Cuenta con mi apoyo... y con mi agradecimiento.

—Ya contaba con ambos.

—Pon manos a la obra, enseguida... ¡Haz algo que haga que la población lo busque con saña! ¡Quiero que lo linchen en medio de la calle!

—No se preocupe.

* * *

El inspector Marker descargó un formidable puñetazo sobre la mesa:

—¡Es intolerable! —aulló.

Callowan asintió, con un gesto de cabeza.

—Es intolerable —repitió el inspector, en un tono menor de voz—. ¿Has leído la prensa, Callowan?

—No —dijo Dan.

—La ola de ataques contra nosotros no hace más que crecer. Fíjate: «¿Qué hace la policía para buscar a Tony Soretti, el asesino fugado de Marte?... ¿Será necesario que caigan más niños y ancianas para excitar el ansia de

trabajo de nuestra policía?» —torció el gesto—. Otro editorial: «Nueve niños, una anciana paralítica, un ciego y dos muchachas es el balance de lo que podíamos llamar «El regreso de Soretti». Jamás, en la historia de esta ciudad, ha habido tan intensa indignación como ahora. Los ojos de millones de hombres, de mujeres, de niños están fijos en esos hombres en los que hemos depositado nuestra confianza... ¿Qué hacen ellos entre tanto? Si la policía, y especialmente la del Estado no actúa, tendremos, como en otros tiempos, que formar comités de ciudadanos que se encarguen de dar caza a ese monstruo, que hoy reina en Nueva York, ante las narices de todas las fuerzas del orden...» ¿Qué te parece?

—Que tienen toda la razón.

—¿Y eso dices tú? ¡Claro que la tienen! Pero ese maldito boxeador parece haber desaparecido del mapa.

—Hay que encontrarle cuanto antes.

—¿Tienes alguna idea?

—Es posible, aunque todo es débil e inestable en estos momentos... Pero...

—Ya sabes que tienes carta blanca.

—Lo sé. Y voy a seguir trabajando. Aquí, señor Marker, perdemos lastimosamente el tiempo.

—De acuerdo. Ya sabes que yo no puedo moverme de aquí. El gobernador me ha ordenado que lo lleve todo en la mano y estoy en contacto con más de doscientas patrullas de la policía y cerca de cincuenta agentes nuestros.

—Ya le llamaré, si encuentro algo.

—¡Pobre de ti si no lo haces?

Dan salió del despacho de su jefe, descendiendo en el ascensor, hasta la planta baja del edificio que ocupaba la Sección de la Policía del Estado, en Nueva York.

Su mente hervía en ideas contradictorias; pero, de todos modos, una de ellas se iba imponiendo, poco a poco, dominando a las otras que, en su mayoría, no eran más que meras hipótesis.

Si lo que pensaba era cierto, Tony Soretti podía considerarse como muerto, ya que la orden que se había dictado contra él era de disparar sin pedir ninguna clase de explicación.

* * *

—¡Tienes que dejarme el ring como un espejo! Luego, cuando termines de limpiarlo, colocas los guantes en sus correspondientes armarios. ¿Entendido?

—Sí, señor Ferguson.

El hombre se alejó y Max trepó, fatigosamente, al cuadrilátero, izando, al mismo tiempo, el cubo lleno de agua y la escoba que tenía en una mano.

Empezó a limpiar lentamente.

Nadie hubiese reconocido en aquel decrépito viejo al «formidable Max», como le llamaban sus colegas meses antes. La transformación sufrida había sido tan profunda que hasta él mismo se asustaba cuando, en contadas

ocasiones, se atrevía a mirarse a un espejo.

Se sentía calenturiento, como si tuviese fiebre. Y no era nada de extrañar, ya que los periódicos abandonados por los boxeadores y los comentarios de éstos versaban siempre sobre el mismo asunto:

Tony Soretti.

Max tenía que aguantar las interminables burlas de los demás y hasta los insultos que le dirigían cada vez que se descubría un nuevo crimen de su pupilo.

Aquellos disgustos le mataban.

Porque, dijesen lo que dijesen, él no podía creer que Tony se hubiese convertido en aquella especie de bestia, que vagaba por la ciudad, arrancando la vida a inocentes que no tenían culpa alguna de lo que le había pasado.

«¡Tony no es así! —se repetía el pobre viejo —. ¡Tony no es así! Jamás hizo daño a nadie y es imposible que se haya convertido en un criminal sin entrañas...»

Y tenía que llegar a la conclusión —la tristísima conclusión— de que Soretti había perdido la razón y no era ya más que un pobre loco, que no tardaría en caer acribillado a balazos en cualquier callejuela oscura de la ciudad.

Terminó de limpiar el cuadrilátero, enjugándose el sudor que le caía por la frente.

«Ya no soy el mismo —pensó, amargamente—. Todas las energías me han abandonado y pronto seré incapaz de hacer ningún trabajo...»

Bajó del ring, dejando el cubo junto a la escalerilla de acceso; después mirando a su alrededor, comprobó que no había nadie y sacó, rápidamente, un frasco del bolsillo trasero de su raído pantalón, llevándoselo ansiosamente a la boca.

¡Si no fuese por el «whisky»!

No había bebido jamás, pero ahora necesitaba aquello como el aire que respiraba.

—¡Hola!

Se sobresaltó, vertiéndose unas gotas de alcohol sobre la camisa; pero logró esconder el frasco, dando la espalda a quien acababa de saludarle.

Luego se volvió.

Un negro enorme, de pelo hirsuto y gruesos labios, le miraba sonriente.

—¡Hola! —repitió.

—Hola —dijo Max—. ¿A quién buscas?

—¿No está el patrón?

—Han salido todos.

El moreno lanzó un suspiro.

—¡Es una lástima! Quería entrenarme y me han dicho que aquí estaba un célebre «manager»...

—¿A quién te refieres? Yo conozco a todos.

—A Max Sternon.

—¿Eh?

—¿Qué te pasa?

—¿Quieres repetir el nombre, por favor?

—Max Sternon. El tipo que apadrinó a ese Soretti.

El viejo sonrió, tristemente.

—No sé si me quieres tomar el pelo; pero, como poco me importa ya, puedo decirte, sin sonrojarme, como debía hacerlo, que yo soy Max Sternon.

—¿Tú?

—Ya lo ves. Seguro que esperabas ver un hombre en plena forma... un «manager» como los otros... y te encuentras ante una ruina... ¡eso es! Una ruina que va a derrumbarse definitivamente de un momento a otro.

—Tú lo has dicho, viejo... Max nunca fue como los otros... Has debido sufrir mucho, ¿verdad?

—¿Y tú qué sabes?

El negro avanzó hacia él, poniéndole la poderosa diestra sobre el hombro.

—¡Pobre Max!

Sternon se desasió, un tanto violentamente.

—¡No necesito la compasión de nadie, moreno! ¡Déjame tranquilo! ¡Tengo que trabajar!

—¡Pobre Max! —repitió el otro—. ¿Así que no necesitas a nadie?

—¡A nadie!

—¿Ni siquiera... a Tony?

—¿Eh? ¿Qué clase de idioteces estás diciendo, negro del diablo?

Él moreno lanzó una carcajada.

—No me has conocido, ¿eh, viejo tunante? ¡Mírame bien, hombre!

Max retrocedió asustado.

—¡Tú!

El otro no dejaba de sonreír.

—Sí, yo... el mismo.

—Pero...

—No me parezco, ¿verdad?

Y, acercándose al viejo, habló:

—No he tenido más remedio que transformarme, Max. Toda la policía está detrás de mí. Gracias a que recordé aquella ocasión en que me pintaste de negro, cuando hicimos aquel homenaje a aquel pobre boxeador que se quedó ciego en un combate... ¿lo recuerdas?

—Sí, pero ahora...

—Ya lo sé. He tenido que hacerlo mejor... Después de pintarme todo el cuerpo, me teñí el cabello y me hice rizar el pelo, después de cortármelo muy corto. Además, me inyecté yo mismo grasa en los labios, de manera que pareciesen los de un negro de verdad...

—¡Es formidable!

Pero, casi enseguida, los ojos del viejo «manager» se cargaron con una

infinita tristeza.

—Quiero preguntarte algo, Tony.

—Me lo imagino.

—¿Me contestarás sinceramente?

—Sí.

—Espera. Voy a pasar el pestillo... No quiero que nadie nos interrumpa.

Y cuando volvió, inquirió, a bocajarro:

—¿Has cometido tú esos crímenes?

Tony le miró con un cierto reproche.

—¡Pero, Max! Te he visto beber antes y no me extraña que te atrevas a hacerme esa clase de preguntas... Si estuvieses más fuerte, te pegaría una paliza tremenda.

—¿Tú no has sido... verdad?

—¡Claro que no!

—¿Entonces?

—¡Ése es el problema! Demostrar que yo no he sido, convencer a la gente y a la policía que estoy siendo víctima de la confabulación más horrible que jamás se hizo.

—¿Quién es el culpable, Tony?

—Funk.

—¡Me lo imaginaba! No digas más... Creo que hasta adivinaré el motivo: Pamela.

—No te equivocas. Ese granuja está enamorado de ella.

—¡El muy puerco! ¿Por qué no lo has matado, Tony?

—Porque quiero hacerlo cuando tenga suficientes pruebas, Max. Aunque —su voz perdió un poco de tono—, no sé si lo lograré jamás.

—¿Por qué no?

—Porque cada vez lo entiendo menos... ¿No te das cuenta de que mis propias huellas aparecen siempre en el lugar en qué se cometen esos horribles crímenes... Cuando lo de la joyería, llegué a pensar que me habían llevado allí, dormido, aprovechándose de mi inconsciencia y dejando mis huellas bien visibles... ¡Pero ahora no puede ser! ¡Es para volverse loco!

Fue en aquel momento cuando llamaron, bruscamente, a la puerta.

Max miró intranquilo hacia la entrada.

—¿Quién puede ser? —inquirió el joven.

—No lo sé. Es muy raro porque, a estas horas, ya no viene nadie... ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Me lo dijo un antiguo boxea...

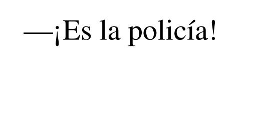
Los nuevos golpes le interrumpieron.

—Abre, Max.

—¿Y tú?

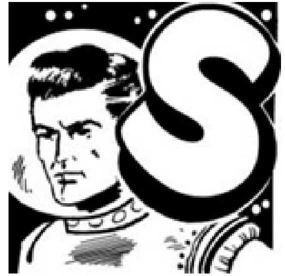
—Pregunta quién es.

Max obedeció, volviendo momentos después, pálido como el papel.



—¡Es la policía!

CAPÍTULO IX



ORETTI cerró los puños.

—¿Qué hacemos? —inquirió Max.

—Ve a abrir... ¿dónde tienes un par de guantes?

—¿Qué piensas hacer?

—Me desnudaré, mientras tú recibes a la policía y saldré, delante de ellos, como si fuera a entrenarme.

—¿Estás... bien teñido?

—No te preocupes... He tomado un verdadero baño.

Max, cuando vio que Tony desaparecía en los vestuarios, fue abrir. Un solo hombre apareció en el umbral.

—¿Por qué ha tardado tanto?

—Me dio miedo y no supe lo que hacer... Estaba con un boxeador.

—¿Un negro?

Max se alarmó.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque le vi entrar hace un rato... Ahí le tenemos.

En efecto, Tony, perfectamente disfrazado, avanzaba, haciendo esgrima, como si nadie más que él estuviese allí. Luego, al llegar junto a los dos hombres, se detuvo, mirando al viejo.

—¿Quién es, Max?

—Un policía.

—¿Un policía?

—Sí —dijo éste—. Me llamo Callowan.

—¿Pasa algo? —inquirió el negro.

Pero el policía no le hizo caso y encarándose con Sternon.

—¿No ha vuelto a ver a Tony?

Max sintió que un escalofrío le recorrió la espalda.

—No, no le he vuelto a ver.

—Sabe que se escapó de Marte, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y está usted completamente seguro de que no ha venido por aquí?

—Completamente seguro.

—Bien...

El policía miró al negro, que estaba golpeando el «puch» con una habilidad fantástica.

—Soy muy aficionado al boxeo y no me parece haberte visto nunca. ¿Cómo te llamas?

—Joe Kid.

—No he oído nunca ese nombre... ¿sabes que golpeas magistralmente?

—¿Usted cree?

—Naturalmente. No lo creo, estoy seguro... Mueves les brazos como un verdadero campeón... ¡Arriba las manos, Tony Soretti!

Max y el púgil se quedaron como estatuas.

—¡Arriba las manos y no intentes nada! Ya sabes que hay orden de disparar sobre ti.

Tony levantó los brazos.

—¿Por qué no lo hace entonces?

Callowan sonrió.

—Porque yo tengo mis ideítas particulares... y estoy seguro de que tú eres inocente.

—¿Eh?

—¡No? ¡No bajes los brazos! Ya te he dicho que, a pesar de mi seguridad, no es más que una «ideíta»... Date la vuelta...

Las esposas se cerraron, con un sonido metálico, alrededor de las muñecas del joven.

—¡Te felicito, por tu disfraz!

—¡De poco me ha servido! Cuando usted me ha reconocido...

—No lo hubiese logrado nunca, Tony... La suerte fue que, antes de entrar aquí, subí a la casa de al lado y, por pura intuición, miré por ese ventanal de ahí arriba... Te vi llegar y vi que los dos conversabais animadamente. No oí nada, pero la expresión de vuestros rostros era ya suficiente para despertar mis sospechas. Después, al verte mover los brazos... ¡No olvides que no me perdí ninguno de tus combates!

—¿Qué va usted a hacer conmigo?

—Eso no lo tengo decidido. Ya te dije antes que sospecho que tú no eres el asesino al que se busca; pero necesito convencerme plenamente. Para ello, en vez de entregarte al inspector Marker, con la consiguiente publicidad, que haría que el otro, el que trabaja «por tu cuenta», cesase de hacerlo, voy a llevarte a mi casa y encerrarte.

—¿Por qué?

—Porque será la única manera de ver si eres tú o no el asesino. Imagina que esta misma noche se comete un nuevo crimen y tú estás en mi casa... ¿qué mejor coartada se podría buscar?

—¿Y las huellas?

—¡Dichosas huellas? Me creas o no, me han quitado el sueño y siguen quitándomelo. Pero eso ya lo arreglaremos.

Y mirando a Max.

—Usted vendrá con nosotros... Es posible que yo tenga que salir y me interesa tener una persona de confianza cerca de Tony... Sí, ya sé; pero ninguno de ustedes me conoce... Los dos estarán en mi casa, pero una veintena de policías rodearán el edificio... No se rompan la cabeza, que nadie saldrá.

* * *

El «Jaguar» se deslizaba como una flecha por la Quinta Avenida, pero tuvo que parar, a la altura de la calle Veintiuna, al tropezar con una manifestación que ocupaba toda la calzada.

—¿Qué ocurre? —inquirió, hipócritamente, Charles.

—No lo sé... —repuso Pamela.

—Es una lástima que nos hayamos detenido —dijo él—. Justamente iba a hacerte una apuesta.

—¿Una apuesta?

—Sí. ¿Ves ese «Panther» negro que está a nuestra izquierda?

—Sí.

—Iba a apostarte que no le alcanzabas en el curso de once bloques, hasta la Calle Diez.

—¿Y qué ibas a apostar?

—Un beso.

Ella se volvió, enarcando las cejas y mirándole fijamente; después, sonriendo dijo:

—¿Tan poco? Toma, Charles, te lo doy por anticipado.

Y le posó los labios en la frente.

—No —dijo él, con voz sorda—. No era un beso así el que yo quería.

Ella se estremeció.

—¿No te has dado cuenta, Pamela? ¿Tan ciega estás? ¡Te quiero locamente! ¡Jamás experimenté algo así en toda mi vida!

—¡Calla, Charles!

—Callaré. He esperado mucho tiempo; pero, por lo menos, dame una esperanza, por pequeña que sea... no me importa.

Ella miraba su propia imagen en el parabrisas: un rostro asustado, pálido, con unos ojos desmesuradamente abiertos.

Jamás había sospechado nada porque nunca vio a Charles más que como un tío... casi como un padre. Y ahora, al oír las horribles palabras que acababan de salir de la boca de él, se sentía como manchada, impura de pies a cabeza, irremisiblemente perdida.

—¡Una esperanza, Pamela!

Por suerte, en aquel momento, los manifestantes pasaron junto al coche, gritando y mostrando las pancartas cuyos escritos repetían hasta enronquecer:

—¡Queremos la cabeza de Tony Soretti!

—¡Muerte al asesino!

—¡Dimisión de la policía!

—¡Que nos den armas!

Charles sonrió:

—¿Te das cuenta, querida? Tú amabas a ese monstruo y yo te ofrezco algo tan grande, tan puro... ¡Una esperanza, Pamela!

Ella se consideró completamente vencida. Y bajando la cabeza, murmuró:

—Dame un par de días, Charles...

—¡Es mucho!

—Hasta mañana, solamente...

—¿No ves que sufro como un condenado?

Ella se volvió, con los ojos arrasados de lágrimas. Al mismo tiempo, todo le pareció igual. Y al mirar a aquel hombre, rechoncho, calvo, con los ojos brillantes como ascuas, en el que había puesto sus más puras esperanzas, se sintió abandonada.

Al fin, dijo:

—Está bien, Charles... Seré tu esposa.

Y no pudo evitar que los labios de él rozasen los suyos. Cerró los ojos y venciendo el asco que le procuraba aquella soez caricia, estalló en sollozos.

—¡No llores, amor mío! ¡Cuántas ganas tenía de poder llamarte así!

La manifestación pasó, poco después, y ella pudo poner el coche en marcha.

—Quiero ir a casa —dijo, sin osar mirarle.

—Lo que tú quieras.

Minutos más tarde, cuando ella se hubo retirado a sus habitaciones, Funk corrió a su despacho donde le esperaba Blak.

—¡He vencido! ¡He vencido!

Person sonrió.

—Me alegro, patrón.

—Escucha, Blak. Esta noche tienes que hacer algo gordo, más que nunca... Es el último trabajo que voy a pedirte y por el que te pagaré lo que quieras... ¡Deseo que la gente busque y acabe, de la forma que sea, con ese cerdo!

—No se preocupe, jefe... Mañana por la mañana, la ciudad no resistirá más.

* * *

El alba se levantó, sucia de bruma, intentando luchar contra las tinieblas que parecían engancharse arteramente en las cosas y en los seres.

Desde un bar, Dan llamó a su jefe.

—¡Aquí Callowan!

—¿Dónde demonios te has metido?

—He pasado la noche en la biblioteca municipal, señor.

—¿Leyendo novelas rosas?

—No. Repasando las comunicaciones últimas de la Academia de Ciencias Médicas.

—Bien... ¿Sabes lo de esta noche?

—No. ¿Ha ocurrido algo?

El otro lanzó un rugido.

—No te extrañe, nada que, en estos momentos, esté redactando mi dimisión...

—Pero...

—¡No hay «peros»! Hace unas horas, la policía de Richmond me ha comunicado la última hazaña de esa bestia humana.

—¿Qué ha hecho ahora?

—¡Algo indescriptible! ¡Algo que pondrá los pelos de punta a toda la ciudad que, con toda la razón del mundo, vendrá a apedrear nuestro edificio! ¿Recuerdas el pensionado Neville?

Dan asintió.

—Sí.

—Pues ese monstruo ha entrado allí esta noche, degollando cinco niñas, todas las que dormían en una sala.

—Canalla!

—Ya no hay remedio, Dan... Vente para acá y, si te queda un poco de dignidad, firma una renuncia como la que yo estoy escribiendo...

Hubo un silencio.

—;Te has quedado sin habla, Callowan?

—No, señor... Estaba reflexionando.

—¡De poco te servirá!

—No lo creo, señor... ¡Espere y no firme la dimisión hasta dentro de una hora!

—¿Te has vuelto loco?

—¡Es muy posible! Si no me meten en el manicomio, antes de hacer lo que voy a poner en práctica ahora mismo, no habrá lugar de presentar la dimisión, inspector Marker...

—Pero...

—¡Adiós, jefe!

Y colgó.

Salió del bar y cogió su coche, aparcado en la acera de enfrente, lanzándose, a toda velocidad, hacia la parte elegante de la ciudad. Momentos más tarde se detenía ante una casa señorial, a cuyo timbre llamó impetuosamente.

Tardaron bastante en abrir, pero cuando lo hizo un criado, aún soñoliento, Dan se limitó a darle un empujón, entrando tras él y cerrando la puerta.

—¿Dónde duerme el profesor?

—Pero...

Callowan le enseñó su placa de agente, poniéndosela debajo de las narices.

—¿Dónde? —rugió.

—¿No, sería... mejor... llamarle? —balbució el criado.

—¿Dónde? —volvió a preguntar con acento glacial.

El otro se estremeció.

—Por aquí, señor.

Subieron a la primera planta y cuando el criado iba a llamar a la puerta de su amo, Dan la abrió violentamente, penetrando en la alcoba y acercándose al lecho, donde sacudió, sin contemplaciones, el hombre que dormía allí.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

El hombre se sentó en la cama, mirando, con rabia, al policía.

—¿Qué significa este atropello?

—Escuche, profesor Steward... No he venido aquí, violentamente, a perder el tiempo. La vida de un inocente y de muchos más, así como la razón de que se haga justicia, depende de usted.

—¡No entiendo ni una sola palabra!

—Enseguida lo comprenderá. Usted presentó una moción, hace tres semanas, en la Academia de Ciencias Médicas... ¿No es así?

—Sí.

—En ella, de una manera velada, se hablaba de la posibilidad de copiar detalles anatómicos tan delicados como las huellas dactilares... Después, un poco más abajo, usted confiesa que fracasó rotundamente en esas experiencias.

—Es verdad.

—Lo pongo en duda... Esta noche, profesor, se ha cometido un horrible crimen, una matanza espantosa, una carnicería sin precedentes... Cinco muchachitas han sido degolladas por un monstruo...

El hombre asintió.

—¿Soretti?

—¡¡No!! ¡Soretti está encerrado en mi casa desde ayer tarde, custodiado por un verdadero batallón de policías! ¿Lo entiende ahora, profesor? Usted, como todo el mundo, sabe que no hay dos personas sobre la Tierra que tengan la misma huella dactilar... ¿Me entiende?

El médico había bajado la cabeza.

Preguntó:

—Al leer su comunicación, profesor, se hizo la luz en mi mente... Ya me imagino lo que pasó... Usted, seguramente víctima de un horrible chantaje... se vio obligado a duplicar unas huellas... ¡Las de Tony Soretti!

Steward seguía silencioso, con el mentón en el pecho.

—¡Nada importa ahora lo que ocurrió, profesor! —se impacientó el policía—. Lo que nos interesa es saber quién le obligó a hacer esa intervención... ¡La ciudad está en peligro, ya que ese criminal está dispuesto a hacer que la gente linche a Tony que, como usted sabe, es inocente! Usted tiene un hijo, doctor...

—¡Calle!

Y levantando el rostro, dejando ver al otro las lágrimas que corrían por sus mejillas, Philip Steward confesó la verdad.

EPÍLOGO

Antes de ir a ver al inspector Marker, después de salir de casa del doctor, Dan quiso dar una gran alegría a su prisionero y se dirigió a su casa, con la idea de detenerse sólo unos instantes.

Subió las escaleras de cuatro en cuatro.

Max y Tony no dormían, sentados frente a frente, con un paquete de cigarrillos sobre la mesa y sendas tazas de café, que habían vaciado varias veces.

Dan, emocionado, explicó lo ocurrido, estrechando calurosamente la mano de ambos.

—¡Ya estás libre, Tony! Es decir, cuando yo vuelva.

—¿Por qué?

—Porque es mejor que no te vean... Todavía pareces un auténtico moreno, pero alguien podía reconocerte.

—No se preocupe... ¿Qué va a pasar con Funk y Blak?

—Serán juzgados y los llevarán a la silla eléctrica.

—No me gusta.

—¿No quieres que los maten?

—Sí; pero yo me prometí...

—¡Alto ahí! Nada de venganzas personales... Deja que la justicia cumpla con su cometido.

Tony sonrió.

—Nunca impediré que la Justicia se haga, amigo Callowan... pero lo prometido es deuda.

Y antes de que el policía pudiese ponerse en guardia, el puño derecho de Tony salió disparado, chocando con el mentón de Dan y logrando un K.O. de primera categoría.

—¿Qué has hecho, loco?

—Nada, Max. Cuida de él, pero no le reanimes antes de tiempo... Cogeré su coche... ¡Dame su abrigo!

—Pero...

—¿Crees que voy a perdonar todo lo que me han hecho pasar?

Salió, cuidadosamente, hasta que se dio cuenta de que el círculo de centinelas de la policía había desaparecido.

Sonrió.

El coche de Dan era rápido y no tardó mucho en detenerse ante la mansión de Funk.

Era ya de día, pero aún la niebla se empeñaba en agarrarse a las cosas.

Fue Blak, personalmente, quien abrió la puerta.

Tenía una expresión de bestialidad horrenda y parecía algo cansado.

—¿Qué quieres?

—Ver al señor Funk.
—Está durmiendo...
—Despiértale... Acabo de descubrir el lugar donde se encuentra Tony.
Los ojos de Blak brillaron como ascuas.
—¿Es verdad?
—Sí, pero quiero mil «pavos»...
Person sonrió, haciéndose a un lado.
—Pasa, moreno... Tendrás el doble de esa cantidad si no mientes.
Y señalándole un sillón.
—Espera. La noticia que traes permite despertar al patrón.
Tony esperó, mirándose en uno de los espejos. La hinchazón artificial de los labios había disminuido bastante, pero seguía ofreciendo un aspecto que no recordaba en nada el de Soretti.
Cuando vio bajar a Charles, no pudo evitar un estremecimiento.
—Éste es nuestro hombre —dijo Blak cuando estuvieron junto al «negro».
Funk sonrió.
—¿Dónde está ese asesino, muchacho?
—Me llamo Joe... No se preocupen... Él ignora que le he descubierto... Está en Harlem...
—¡Hay que avisar a la Policía!
—¿Y la «pasta»?
—Dale dos mil, Blak... Se los merece.
Iba a dar la vuelta Person cuando los brazos del moreno se cerraron sobre él. Lo sostuvo con uno solo y con la otra mano registró al asesino.
Tony tiró lejos la pistola que había encontrado en un bolsillo de Blak, volviéndose hacia los dos sorprendidos granujas.
—¿Qué significa esto? —aulló Funk.
—No me has reconocido, Charles. No me extraña... Esta pintura negra es estupenda.
Los ojos de Charles se abrieron como platos.
Exclamó:
—¡¡No!!
Fue en aquel momento cuando Blak intentó escapar, pero el tremendo derechazo que le propinó Tony lo dejó tendido en el suelo.
—Ahora podremos hablar más tranquilos, Funk —dijo, volviéndose hacia éste.
Dominando el terror que amenazaba por paralizarle, Charles intentó una sonrisa que no era más que una mueca.
—¡Qué alegría de verte, muchacho!
—No perdamos el tiempo, Funk... La policía lo sabe todo...
—¿Eh?
—El profesor Steward ha confesado.
—¡No! ¡Maldito!
Y retrocedió.

—Prepárate, cerdo inmundo... Yo hubiese querido matarte, pero no quiero que Callowan me envíe a la silla... De todos modos, voy a demostrarte que, a pesar de todo, sigo siendo el campeón... El campeón, ¿me entiendes?

—¡No, Tony, no!

—Juré que tendría tu piel, pero la Ley me prohíbe hacerlo... Lo que nadie me prohíbe es darte una lección que quiero que no olvides jamás...

Y acercándose al aterrorizado Funk.

—¿Recuerdas tus «consejos» antes de los combates, Charles? «¡Pégale en los ojos, Tony! ¡Déjalos ciegos y verás cómo los golpeas a placer!» ¿Así, Funk?

Un golpe tremendo chocó contra el ojo derecho y Charles creyó que le estallaba la cabeza.

—¡No!

—¿Así, Funk?

Otro golpe, en el otro ojo, le dejó definitivamente ciego.

—También me decías, asqueroso puerco: «¡El hígado, Tony, el hígado! ¡Dóblalos como cañas!»... ¿Así, Funk?

Se iba contrayendo, doblándose, agachándose, jadeando dolorosamente.

—¿Así, Funk?

Hasta que Charles se desplomó, lloriqueando, con el rostro hinchado.

Tony se volvió hacia Blak.

Éste se recuperaba y el púgil le ayudó a hacerlo, poniéndolo en pie.

—Tú mereces otra clase de tratamiento, asesino... pero yo no puedo darte más que puñetazos.

El primero lanzó al criminal a cerca de seis metros.

Luego, después de castigarle duramente, sin golpearle en la cabeza ni en centros vitales, Tony lo arrinconó, sacudiéndole hasta que el otro se desplomó como una masa inerte.

Fue en aquel momento cuando una voz tronó a su espalda.

—¡Arriba las manos o te aso a tiros, sin contemplaciones!

Soretti se volvió.

Ante él, hecho una furia, Callowan le lanzaba miradas asesinas. Detrás del agente media docena de policías, armados de metralletas, estaban dispuestos a todo.

Tony levantó los brazos.

—¡Se ha recuperado pronto, amigo!

—¡Tú vas a tardar más en hacerlo! —y volviéndose a uno de los policías —. ¡Esposadle!

Y cuando tuvo las manos a la espalda, Dan se acercó a él.

—¡Todavía me duele la barbilla, maldito!

—Crea que lo siento.

—Yo también lo siento, pero espero que tú lo sientas, a tu vez, un poco...

Descargó con todas sus fuerzas un directo a la barbilla de Tony, que aguantó, impávido, el golpe.

Dan se frotó el nudillo; luego, inesperadamente, lanzó una carcajada. Y volviéndose a los sorprendidos policías, dijo:

—¿No os lo decía yo? ¡Éste es el campeón, el auténtico campeón!

* * *

El coche se detuvo en la granja.

Callowan, en mangas de camisa, atravesó la cuidada senda que conducía hacia la casa. Una vez en el porche y viendo que la puerta estaba abierta, gritó:

—¡Eh!

Una voz de mujer sonó dentro:

—¡Ya va!

Momentos después, Pamela salía del interior, con un coquetón delantal y los brazos remangados, todavía manchados de pasta.

—¡Dan!

—¡Hola, Pamela! ¿Creías que el padrino de tu boda no iba a venir nunca de visita?

—Pasa, Dan.

—¿Y Tony?

—Está con Max y...

Callowan enarcó las cejas.

—¿Qué hay detrás de esa «y»...?

—¡Nada! Un peón que hemos contratado.

—Está bien... ¿Se prospera, eh?

—No podemos quejarnos.

Se oyeron pasos fuera y, segundos más tarde, entraban tres hombres en la estancia.

Max y Tony miraron extrañados al policía, pero se dominaron.

—¡Pero si es Dan!

Se estrecharon la mano.

Después, un tanto cohibido, Tony señaló al tercer hombre:

—Éste es Pedro, nuestro nuevo peón...

Dan miró curiosamente al desconocido.

—¿Seguro que se llama usted Pedro, señor?

El otro asintió, pero un poco pálido.

—Sí.

—¡Cuando usted lo dice! Bueno, no creáis que he venido a comer. Tengo trabajo y he de salir corriendo para la ciudad.

—¿Por qué no te quedas? —inquirió la muchacha.

—Porque no puedo, Pamela... Ya sabes que, si continúo aquí media hora, terminaría rogándote que pidieses el divorcio y te casases conmigo.

—¡Adulador?

Tony acompañó a Dan hasta el coche.

—¿De verdad que no quieres quedarte?

—No —dijo el policía—. Me es imposible...

Abrió la portezuela, se sentó ante el volante y mirando al exboxeador, con una sonrisa burlona:

—Di a tu amigo Pancho que lo suyo esta olvidado...

—¿Eh? ¡No te entiendo!

—No disimules, bellaco... Ese Pedro es Pancho, el que se fugó de Marte en tu compañía... Dile que no pase cuidado... Sabemos que mató a Figuerola y quemó el rancho... Pero tenía razón... Figuerola abusó de la hija de Pancho, matándola luego... ¡Adiós, amigo!

—¡Adiós!

—¡Ah! Y haced el favor de dejar de hacer la justicia por vuestra cuenta... Si seguís así, la policía tendrá que pedir la excedencia...



No había gente tan poco recomendable como los

Mercenarios del espacio

¡Hombres duros, capaces de arriesgar su vida por matar, sirviendo al mejor postor de cualquier planeta!

Sin embargo, la noble reina Mavy, de Debion, tuvo poderosas razones para llamar al hombre que mandaba a los siniestros

Mercenarios del espacio.

¡LEA LA INTERESANTE Y PEREGRINA HISTORIA QUE SE NARRA EN EL PRÓXIMO NÚMERO, ORIGINAL DEL FAMOSO ESCRITOR *CLARK CARRADOS*!

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

143. — Yo, el monstruo. — Johnny Garland.
144. — La reina de las estrellas. — Clark Carrados
145. — La venganza del cerebro. — Law Space.
146. —El mito de Fausto. — H. S. Thels.
147. — ¡Estaban con nosotros! — Law Space.
148. — El fin de Lemuria. — H. S. Thels.
149. — ¡Hola, terrícola! — Law Space.
159. — Ventana al futuro. — Clark Carrados
151. — Mundo hostil. — H. S. Thels.
152. — «Jaque Mate». — Law Space.
153. — La ciudad monstruosa. — H. S. Thels.
154. — Parásitos cósmicos. — Law Space.
155. — El principio del Edén. — Clark Carrados
156. — El tirano del Universo. — Johnny Garland.
157. — Lobos del espacio. — Clark Carrados.
158. — Los últimos selenitas. — Roy Silverton
159. — Cárcel de acero. — Clark Carrados.
160. — Supervivientes. — Law Space.
161. — La puerta infinita. — Clark Carrados
162. — Semilla cósmica. — Johnny Garland.
163. — Safari. — Clark Carrados.
164. — El planeta de los hombres perdidos. — H. S. Thels
165. — La espoleta. — Clark Carrados
166. — Tendré tu piel. — Law Space.



Fotografía de RICHARD WIDMARK, en "Pánico en las calles", de 20th. Century Fox

Precio en España: **6.-ptas.** En Argentina: **8 pesos**